



Un mundo inmune



Hace un poco más de un año el gobierno chino ejercía controles a los ciudadanos basados en su estado de salud y sus riesgos asociados al covid-19: vigilancia por códigos QR, limitaciones de acceso a lugares dependiendo del historial de viajes y contactos, controles virtuales al azar sobre síntomas. En el primer momento la medida se contempló en Europa y Estados Unidos y se pretendía ejercer mediante la exigencia de pruebas PCR negativas o la demostración de haber adquirido inmunidad natural. Luego las noticias chinas hicieron que las medidas se consideraran desproporcionadas y dignas de un régimen totalitario que mira a sus habitantes como ratones en sus compartimentos vigilados. La idea no le gustó a la OMS por la falta de certeza sobre la protección. La revista *Nature* expresó su preocupación en un artículo publicado en mayo del año pasado: “...cualquier documentación que limite las libertades individuales sobre la base de la biología corre el riesgo de convertirse en una plataforma para restringir los derechos humanos,

umentar la discriminación y amenazar, en lugar de proteger, la salud pública”.

Lo que hace un año parecía una herramienta totalitaria hoy es una realidad en Francia, Italia y Australia, y la presión para imponerlo en otros países viene creciendo. En Francia el 76 % de los ciudadanos está de acuerdo con la exigencia, pero las protestas contra la medida han sacado a más de 150 000 a la calle en un solo día. La orden firmada por Emmanuel Macron dice que desde el primero de agosto rige la obligatoriedad del “pasaporte de vacunación” para entrar a cafés, restaurantes, centros comerciales, hospitales y trenes de larga distancia. Poco a poco los apestandos que no se hayan vacunado tendrán la casa por cárcel. Además, aplicarse la vacuna será obligatorio para quienes trabajen en contacto con personas mayores o frágiles. Los trabajos que en su mayoría realizan los inmigrantes estarán vetados para los “sin vacuna”. ¿Van a encontrar quién cuide a sus ancianos? ¿Van a comenzar a buscar a los “propagadores” pidiendo documentos en las calles? Europa comienza a mirar a China como ejemplo.

Los historiadores nos han recordado la historia de la peste de fiebre amarilla en Nueva Orleans en el siglo XIX. Los “aclimatados”, quienes se habían infectado y habían sobrevivido, se convirtieron en una casta con potestades extraordinarias. El precio de los esclavos aclimatados subió un 25 %. Los trabajos, los créditos, el arriendo de las habitaciones se otorgaban solo a quienes habían logrado la inmunidad. Los periódicos hablaban de un “bautizo de ciudadanía”. De modo que los ricos salían de la ciudad o se encerraban en sus casas mientras inmigrantes y esclavos tomaban el riesgo de infectarse para salvarse. Estamos en otros tiempos, ahora no hay que arriesgarse, estar inmune es gratis y seguro. Son los argumentos que se oyen. El riesgo de hoy está en la posibilidad de que el Estado pueda dictar la obligatoriedad de los tratamientos médicos, que pueda prescribir sobre lo bueno y lo malo para los ciudadanos, dictar receta; y en la pretendida división entre quienes han entrado a la sociedad civilizada y quienes viven las brumas de la religión, en la ignorancia conspiranoica, en el simple descuido que no comparte los riesgos comunes de su comunidad.

En las protestas recientes en Roma y otras ciudades europeas se han visto carteles con las imágenes de Auschwitz y leyendas alusivas a la discriminación sobre los no vacunados. La comparación es sin duda exagerada, pero recuerda las consideraciones de los nazis que vieron a la sociedad como un organismo vivo, una masa con deformidades que era necesario aislar y enfermedades que era necesario curar. Algunos han hablado desde entonces de “biocracia”. Por eso las esterilizaciones obligatorias se practicaban como un ejercicio de higiene genética. Antes de 1940 ya se habían practicado 350 000 en la Alemania nazi. En Cuba todavía celebran los grandes resultados que dejó el internamiento de los portadores del VIH en “centros

médicos” en las afueras de las ciudades a mediados de los ochenta.

En Colombia ya algunos preguntan si para entregar los recursos de Ingreso Solidario debe exigirse carnet de vacunación, como una forma de alfabetizar a los ignorantes que no creen en la vacuna. También en *Un mundo feliz* expulsaban de la sociedad a quienes ponían en cuestión el soma, la droga indispensable para la felicidad y la estabilidad social: “Este hombre —y señaló acusadoramente a Bernard—, este hombre que ven frente a ustedes, este Alfa-Más a quien tanto se le ha otorgado, y del cual, por siguiente, tanto podía esperarse, este su colega ha traicionado groseramente la confianza depositada en él. Por sus heréticas opiniones sobre el deporte y el *soma*... se ha declarado un enemigo de la sociedad, un subversivo, señoras y señores, de todo orden y estabilidad, un conspirador contra la civilización misma”. La sugerencia era enviarlo a Islandia donde tendría pocas “ocasiones de descarriar a nadie”.

La Corte Constitucional ha hablado muchas veces sobre la “objeción de conciencia”. La posibilidad de que un individuo se niegue, por convicciones morales o religiosas, a cumplir lo que las leyes consideren una obligación: “...la garantía de la objeción de conciencia, esto es, el derecho que tiene toda persona a no ser obligado a actuar en contra de sus convicciones, descansa en el respeto, en la coexistencia de las creencias morales de cada quien y se funda en la idea de la libertad humana como principio fundamental de la ética contemporánea. En estos términos, se concibe al hombre como sujeto moral, capaz de emitir un juicio sobre un determinado comportamiento. Por ello, la libertad de conciencia incluye la facultad de emitir juicios morales internos y de actuar conforme a ellos”. Es claro que no se expedirá una ley para obligar a vacunarse, la idea es más sutil: cercar poco a poco a los apestandos mediante decisiones que limiten su movilidad, su acceso a servicios, sus posibilidades de romper la burbuja de los inmunes. Algo recuerda el clima actual al que llevó al gobierno a confinar a los mayores de setenta años para “cuidarlos” de sí mismos. Un fallo de tutela los protegió cuando el presidente Duque, cerca de la comorbilidad por obesidad, decía que debía “primar la razón y la evidencia científica” sobre las decisiones judiciales.

Los castigos que proponen los “pasaportes” solo radicalizarán a quienes no quieren vacunarse. Crearán burbujas de “sin vacunas” que los irán alejando del Estado y la sociedad. Encontrarán su manera de vivir y morir lejos de los controles y la atención del Estado y los señalamientos por su ignorancia y su falta de compromiso con el “cuerpo social”. Es claro que hay otras formas de convencer a quienes tienen recelo y desconfianza sobre las vacunas. Los incentivos para alentar la vacunación nos acercan como sociedad —es más fácil llegar a acuerdos sobre nuestros gustos y necesidades—, mientras los castigos no harán más que discriminar y separar a los ciudadanos. ☹

EDITORIAL

LAS NIGUAS DE NICARAGUA

por EDUARDO ESCOBAR

• Ilustración de Tobías Arboleda



Hace años, añísimos ya, tantos que resulta impúdico contarlos, mi amigo Gonzalo Arango, que aún vivía de este lado de las cosas, en Bogotá, Colombia, por más señas, me llamó a Medellín, Antioquia, a mi apartamento en la calle Urbabá con carrera El Palo, número 45-11, segundo piso, para decirme que me necesitaba alerta, porque iba a visitarme un extraño ser que había conocido, de quien solo podía decirme como un adelantado, pero muy en secreto, que era el hijo único de un pastor alemán, y tenía un gran proyecto liberador. Llamémoslo Juan Pablo con un nombre inventado para mantener la reserva del personaje dondequiera que esté. Quizás deberíamos llamarlo Juan Felipe. Todos, nombres apostólicos, como los que llevaba en realidad.

¿De un pastor alemán?, pregunté súbito. No te creo. Y Gonzalo bajó la voz. Eran tiempos en que las llamadas entre ciudades se hacían por medio de una operadora. No te puedo decir mucho más por el momento, no es conveniente. Tómallo con calma. Es como lo oyen: el hijo único de un pastor alemán ha venido a hacernos partícipes de una conspiración sagrada destinada a restablecer el equilibrio del mundo humano por las razones del sentir más que por las razones del pensar. No preguntes más. Te va a llamar. Y necesito que ustedes se entiendan. Es tan puro como tú, como yo también, aunque yo no soy más que una mierda. Y tan puro como Cachifo, como todos nosotros. No hables de esto con nadie por lo pronto. Ni siquiera con tu mujer. Prométemelo. Ahora solo nos espera la gloria de la realización de nuestros ideales después de tantos años de profetizar en el desierto contra una sociedad podrida. Así hablaba Gonzalo. Era la retórica de los tiempos.

Después discurrimos acerca del clima, ardiente en Medellín, en Bogotá el cielo había estado cubierto de mortajas, traspasado de aguas, y del estado de la nación revuelta, y sobre las cosas que estábamos escribiendo y sobre lo que estaba pasando con Humberto Navarro, el novelista llamado Cachifo, que había sido como un padre para los dos. Gonzalo hizo un chiste malo sobre la cachifrenia que era el nombre que el mismo Cachifo daba a su enfermedad. Gonzalo podía ser tierno y pérfido al mismo tiempo.

Después de colgar me quedé cavilando, mirando fijamente el teléfono sobre mi mesa de escritor incipiente. Una mesa con las patas torcidas, hecha de madera verde, comprada en el almacén de un judío polaco en el barrio Guayaquil. El judío, padre de una novia mía

platónica que me ignoró siempre, me vendió además un colchón con relleno de estopas usadas de mecánico, que a veces, cuando sudábamos, hacían que mi mujer y yo al despertar nos encontráramos impregnados en una grasa oscura, a lamparones, como si nos hubieran dado una paliza.

El teléfono le pertenecía al dueño del apartamento, y así estaba estipulado en el inventario del contrato de arrendamiento que mi mujer guardaba en un sobre de manila enorme con las cartas que nos habíamos cruzado en el noviazgo. Era un teléfono de baquelita, granate, de dos cuerpos, de disco, y estaba conectado a la pared detrás de mi pequeña biblioteca de estudiante pobre, de príncipe exilado, siempre en ascuas. Más que timbrar, el bendito aparato chillaba, como en un ataque de ira. Se descomponía literalmente, hacía temblar las paredes, escandalizaba toda la casa. Pero casa es mucha palabra para describir el magro lugar que habitábamos mi mujer y yo, recién casados, alimentados a punta de sopas de letras, pero felices aunque asustados ante el incierto futuro. Yo que soy supersticioso albergaba la esperanza de que cuando cualquiera de los dos encontrara una eñe en el plato, las cosas iban a cambiar. Pero es casi imposible cuadrar una eñe en una sopa de letras, las vírgulas son demasiado inestables y se escurren al menor meneo de la cuchara.

La casita era nada más que un recinto verde al final de una escalera de baldosas muy empinadas, tres espacios, de los cuales el primero albergaba

mi diminuta biblioteca de autodidacta inope, y miope, unos doscientos libros, quizás, contando los diccionarios, una enciclopedia más bien mediocre para hacer tareas del bachillerato, y el directorio telefónico del tamaño de una vaca; luego había un cuarto un poco mayor donde cabían un taburete para la ropa, un escarpate improvisado contra un machón cubierto con una cortina a modo de falsa puerta, un baúl gigantesco que había sido del general Uribe Uribe, y una cama, atención del almacén de antigüedades de mi padre, de tubos de bronce, de lo más elegante, pero que se desbarataba invariablemente en el climax de la cosa en un desabrido reguero de tablas.

También había para nuestro servicio una cocina, claro, donde cocinábamos las sopas de letras, y un baño en el cual uno no cabía en la ducha con el alma puesta de modo que debía dejarla colgada detrás de la puerta en el clavo de la toalla. En la cocina residía una nevera rosada, pintada a brocha, una cosa rechoncha, una nevera extraordinaria, que al comenzar el ciclo se ponía a rumbar como una avioneta, dejaba su rincón de siempre, el que le habíamos asignado después de discutirlo entre nosotros, y rebotando simpatía y contoneándose como una reina echaba a andar sobre las chirriantes rodachinas. Bordeaba el poyo de cemento mineralizado de rojo, tropezaba con el lavaplatos, y allí se daba vuelta y regresaba muy oronda, sin impaciencia, a su sitio. La primera vez que la vimos hacer la gracia nos sorprendió como un evento patafísico.

Mi mujer vino hacia mí descalza, con esa pijama verde de niño tan desalentadora, estampada con delfines. Me preguntó por qué estaba tan pensativo mirando ese teléfono pasado de moda. Y yo le dije, no te puedo decir. Es un secreto y prometí que lo iba a guardar. Después te vas a enterar.

Siguieron días de cavilar. Mientras esperaba la llamada del hijo del pastor alemán consagrado con dos nombres apostólicos. A veces, inevitablemente, me ponía a imaginar cómo sería ese visitante de tanta importancia para todos nosotros, si tenía los ojos amarillos de la raza o los azules de ciertos ciegos que se dan ínfulas de guías de los demás. Debía llevar una gran barba salvaje, para disimular el secreto del origen, debía tener unos hombros platónicos, las orejas bien formadas. Tal vez el querido esperado, como comencé a llamarlo en mí, era el fruto de algún experimento de probeta de la ingeniería genética, del que formaba parte el arcano redentor que me traía de regalo. Esperé el lunes. Y el martes. Y el miércoles. Y pasaron el jueves y el viernes y el sábado y el domingo. No podía dudar de Gonzalo y él me había dicho que me iba a llamar el hijo de un pastor alemán. Gonzalo tenía sus cosas extrañas pero era un hombre confiable, veraz. Una noche, por ejemplo, me dijo ante la puerta de forja del cementerio de Mitú. La muerte no existe. Y me espantó su cara de triunfo bajo el cielo sembrado de estrellas, estrellas transitorias, avergonzadas, que aún se acordaban de los años amargos de la casa Arana y las caucherías que denunció Rivera en *La Vorágine*.

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

— Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

— Santiago Rodas

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— Andrés Delgado

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez

— Simón Murillo

— Estefanía Carvajal

ASISTENCIA EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Manuela García

CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

Es una publicación mensual

de la Corporación Universo Centro

Distribución gratuita

Número 123 - Julio 2021

Versión impresa



universo
centro

universocentro.com.co

universocentro@universocentro.com.co

A veces mi mujer interrumpía mis elucubraciones: ¿No me vas a contar el secreto? Estoy que me muero de la curiosidad. Y yo le decía que yo también me estaba muriendo de curiosidad porque en el fondo tampoco sabía nada. Pero una mañana el teléfono soltó el trapo, enloqueció, el martillo de la campana entró en las convulsiones de siempre, chilló como una monja ante un ratón, chicharrearon los embobinados y el cable entorchado que unía el cuerpo a la bocina, o al contrario, vibraba con temblores del San Vito, y yo corrí desalado a trancoas hacia él. El énfasis del timbre me decía que estaba sonando la hora de la llamada de Juan Pablo. No temí mientras volaba, ni por un instante, que fuera el dueño del apartamento para hablar del atraso del arriendo de siempre. Aló. Dije. Aló. Dijeron al otro lado.

La voz de Juan Pablo contra mis expectativas era una pequeña voz imberbe, de seda hacendosa, sin subir al falsete. Más se parecía al susurro tímido pero nítido que a veces producen las delgadas hojas de un jardín dudoso. Soy Juan Pablo. Te llamo para decirte que llegué. Sé que me estabas aguardando. Perdóname que no te haya llamado antes. Me da una gran alegría oírte. Está pendiente. Te voy a llamar otra vez. No sé cuándo. Y se desconectó. Y me quedé sonando su voz por dentro, incoherente con la imagen que me había hecho del macho alfa de una camada de pastores alemanes alimentados con costillas crudas de cerdo y gachas de avena luterana. Y experimenté un extraño sentimiento, nuevo para mí, mezcla de decepción y alegría, porque no ladró como yo esperaba. Nada en su voz recordaba el ladrado. Se expresaba con un castellano lleno de corrección y cortesía y sin acento. Y hasta excesivamente transparente para ser una segunda lengua.

Las llamadas de Juan Pablo se fueron sucediendo siempre iguales. A veces tardaba en llamar una semana. A veces llamaba por una temporada un día sí y otro no. A veces se hacía sentir por la mañana temprano o al mediodía y después se esfumaba, hasta que reaparecía una tarde cualquiera de domingo ya casi de noche. Y el teléfono estridulaba siempre con la misma arrogancia de grillo enloquecido. Y él volvía a decir: Hola, Eduardo. Me alegro de que estés ahí. Y a continuación hacía alguna observación sobre un tópico político de moda, la autonomía universitaria o el presupuesto para la ciencia. Y de repente decía, lo de siempre, tengo que colgar enseguida. Te voy a llamar una vez más. Está listo siempre. Debes seguir firme preparándote para el gran propósito. Y al otro lado se hacía el silencio. Y en mí se fue formando la masa imaginaria, la imagen de una sombra, como la perla en la ostra. Claro, tenía que ser un hombre imponente. En posesión de un arcano. Enormes las manos de luchador. Enormes los pies de los andariegos. Y los dientes grandes. Aunque no tuviera una voz poderosa de hombre acostumbrado a mandar y a organizar.

Fue un viernes cuando las cosas se concretaron y dejaron de ser por fin una promesa. Afanándose, entre labios, con murmullos agolpados, Juan Felipe dijo, dime en quince segundos dónde nos vamos a encontrar mañana para que charlemos por fin, que sea un lugar discreto, pero no tan discreto que resulte rebuscado. Tienes quince segundos. No puedo demorarme. No puedo estarme quieto. Es posible que me estén persiguiendo. Esto es muy grave y muy bello. Vamos a ser los fundadores de otra forma del mundo.

Yo había llegado a pensar con cierto rencor, cansado de sus dilaciones: un hijo de un pastor alemán. Y paranoico, para ajustar. Pero es que me tenían

harto sus aplazamientos. Sin embargo, debía cumplirle a Gonzalo y de todos modos, con un poquito de mala gana, le describí el lugar para la cita en menos de lo que canta un gallo. Nos íbamos a ver en la tiendecita guardientera de don Lao, donde iban algunas tardes los poetas de la parroquia. La tienda de don Lao sigue situada en mi memoria en la carrera Sucre con la calle Maracaibo, frente al teatro Sinfonía, y ostenta como entonces en mi recuerdo, en la puerta, la estatua dorada de una mujer desnuda hasta donde puede estar desnuda una muñeca, cubriéndose el pubis con una mano y los pechos con la otra, un poco inclinada hacia adelante como en un cólico. No había pierde. No le dije, solo teníamos quince segundos, que al teatro Sinfonía acudían desde por la mañana los amantes furtivos de la clase media baja, los abogados de banda con sus secretarías *escualizables*, los muchachos bien con sus mucamas suculentas, los bujarrones viejos a masajear a los efebos católicos por tarifa de acuerdo con el volumen y el peso de la herramienta, y los simples onanistas del desempleo que así se entretenían con esas películas calientes, entregados a sus trabajos manuales. No sé si todavía abre, enseguida, el pequeño club nocturno del poeta Villegas Barrientos, el de las carambolas mentales, el que dijo que ser poeta es estar armado en la requisita, que la mano es el pentagrama más tocado y que el hombre al fin del camino de su vida se reduce a ser un signo más sobre un signo menos y que lo que más admiran los críticos de ópera son los gallos de las primas donnas.

El lugar de don Lao no desmerecía el nombre que yo le daba en mi fuero interno: el Gargajeadero de don Lao. El lugar hedía a urea disimulada con pastillas de alcanfor. Las mesas eran verdes, iguales, cuadradas. Y sobre ellas parpadeaban unos tubos de neón que eran también el cementerio de las moscas del barrio. Don Lao era posiblemente un Estanislao del montón a quien sus conocidos habían disminuido al hipocorístico por razones de economía, en una ciudad donde ya todo el mundo iba de afán porque estaba punto de completar el millón de habitantes y todos los días abrían una fábrica nueva o inauguraban un almacén, deslumbrando a los campesinos de las montañas circundantes, que venían a amontonarse con sus familias y sus perros, hartos de acarrear boñiga sobre los repollos, de rastrear azadones al sol y al agua sobre unos terrones ingratos. Aquel año, me acuerdo, hubo una invasión de mariposas negras que llenaron los escaparates de los almacenes con sus cadáveres y atascaron las bajantes de las canales de las casas y las alcantarillas y enceguecieron los semáforos recién instalados.

Don Lao era largo y pálido, enjuto de hombros, con algo de ave zancuda en la tristeza de la mirada a que lo obligaban la andrómina y la anemia. Los ojos sin pestañas irradiaban una luz de sufrimiento que dejaba un remanente de ceniza en las ojerazas. Llevaba los brazos descolgados, como si fueran ajenos, muy desgonzados, con un incierto fastidio, como si le estorbaran los huesos. Y remataban en unas manos blancas de pianista, de cosquillero, de tahúr de barajas, hechas en él para la delicadeza de trasegar vasos, para llevar vasos llenos a las mesas ocupadas y volver con vasos vacíos al diminuto fregadero de aluminio. Don Lao avanzaba a zancadas como los camellos cansados que han dejado de querer porque saben que lo único que existe más allá de la esperanza es la resignación. Don Lao lavaba la vajilla con la llave abierta a todo chorro para esgarrar entre rugidos, desde las honduras del entrepecho, con esfuerzo admirable y con un como agradecimiento, unas flemas transparentes

cuya caída se preocupaba por dirigir hacia el remolino de la boca del sifón.

Juan Pablo. Se detiene en el umbral. Me mira. Viene a mí. Musita. Eduardo. Solo estamos los tres. Él, don Lao y yo, esa mañana largamente esperada. Pero Juan quiere que vamos a un lugar con más gente, donde podamos pasar desapercibidos. Vámonos de aquí ahora mismo. Busquemos un parque. Debe haber un bosque por aquí cerca donde podamos hablar. Y giró hacia la puerta y don Lao puso cara de angustia, terciado al hombro izquierdo el secador de dulcerabrigo que usaba para limpiar los regueros en las mesas de fórmica quemadas en los bordes.

Ahora creo que la cara de confusión que puso don Lao cuando vio que nos marchábamos fue lo que indujo a Juan a proponer que nos quedáramos, era un muchacho compasivo como vine a saber más tarde por algunas cosas que me dijo. No, mejor quedémonos, dijo de improviso. Procuraremos hablar en voz baja, mascullo, cubriéndose los labios con la mano derecha y torciendo la boca. No te preocupes. Lao es muy sordo. Lo tranquilicé. ¿Y se llama Lao? Preguntó. Sí, afirmé yo. Y él me felicitó porque le iba a proporcionar el lujo de tomarse un aguardiente de la mano de su filósofo chino predilecto. De ese modo descubrimos que los dos habíamos leído el Tao Te King, y aledaños, las paradojas de Chuang Tsu y las palabras tónicas y adustas de Lie Zi. Fue el primer acierto de la relación. Hablamos del camino del que no se habla, del hombre que no deja huella, de aquel en quien el tigre no puede encontrar la carne porque ha conseguido convertirse en su sombra. Y después me soltó de sopetón el inmenso secreto que había ido a compartir conmigo.

La historia de Juan estaba maravillosamente vinculada con un montón de personajes legendarios para mí, pero nunca me habló de su padre, ni yo le pregunté por él. Además, a esas alturas, después de tres minutos de verlo yo había dejado de cavilar en pendejadas y en prodigiosas combinaciones biológicas y supe por la presencia del hijo que el padre no podía pertenecer a la familia de los cánidos del orden de los *carnívora*, porque Juan Pablo no ladraba y no saludaba con la cola. Era el hijo de un honorable pastor luterano nacido en un pueblito alemán sin mayor importancia histórica, nada más. Poco, casi nada, me habló de su vida alemana. Bien resumida en la figura. En cambio me quedó claro que lo habían mandado a Chile para contactar un fulano que había sido amigo de Daniel Cohn Bendit, que llamábamos el Rojo, y de Ulrike Meinhof y de Rudi Dutschke, de la pandilla del ejército rojo, una de esas hordas de adolescentes innumerables, que adoraban el rojo y que pulularon en el siglo XX, incendiando edificios gubernamentales, secuestrando ministros, fusilando industriales condenados en juicios grotescos, pervirtiendo las hijas de los periodistas amarillos, cortándoles las orejas a los nietos de los banqueros. La pandilla del ejército rojo alemán había gozado de inmensa popularidad en los medios a partir del trabajo justificativo de Sartre, de la propaganda que les hizo el viejo brahmán francés, que entonces bordeaba ya las riberas del mar rojo de los herederos de Mao, en su afán de notoriedad, venido del oscuro agujero negro de *El Ser* y *la Nada*, pasando por la simpatía burguesa por Stalin, que en aquellos tiempos era a lo sumo un pintoresco rasgo de carácter como si no fuera una canallada.

El hombre que Juan Pablo fue a buscar a Chile había recibido un tiro en la cabeza en Berlín durante una manifestación en la que los estudiantes usaron bombas molotov. De sus amigos, unos murieron a manos de la policía

alemana bajo los más modernos métodos de tortura diseñados por la sicología racional, positivista y pragmática que superó, en bien de la civilización y las buenas maneras, el garfio y el descoyuntamiento, cambiados por la sutileza de la supresión de las sensaciones, sometiendo a los reos a unos silencios indescriptibles inventados por la física del sonido, y al horror del deslumbramiento de la luz blanca que suscita el deseo de la muerte como un bien absoluto. En fin. El capitalismo estaba *ad portas* de su última crisis y el socialismo ya muy pronto dejaría de ser una hipótesis feliz. Escaparon de Chile por los mismos caminos que transitó Pablo Neruda en su fuga de la dictadura hacia el dorado exilio europeo donde conoció a los ultraístas. Y ahora el hombre del plomo en la cabeza estaba en Medellín, protegido por unos amigos de la Universidad de Antioquia, donde impartía clases bajo una identidad impostada. Necesitaba un tratamiento. Medellín se lo ofrecía. Pronto me iba a presentar con él, me dijo. Las revueltas que habían fracasado en Europa pronto iban a estallar en Latinoamérica con el apoyo del gobierno revolucionario de Nicaragua. Y diseñadas por ese amigo de Daniel, el Rojo.

Esa primera cita me dijo Juan debía quedarse por ahora en eso. En una primera cita. Que se completaría con otras cuando regresara de Nicaragua. Pero iba a pasar por Bogotá, donde Gonzalo Arango estaba preparando una red de amigos incomparables, incomprables, inapreciables, que participarían en la conspiración que haría posible la entrada en el reino de la libertad y el fin del reino de la necesidad. Ya no más promesas de cielos metafísicos. El cielo está aquí. Y solo había que tomarlo. El cielo solo puede ser tomado por la fuerza, me dijo. Noté un aire católico en los discursos de Juan, mezclado con un tufo de ese marxismo emocional que se usa tanto entre nosotros.

Cuando nos despedimos gotearon las cuatro de la tarde en el campanario de la Basílica Metropolitana, y como estábamos achispados con los carajillos de don Lao, nos abrazamos con el fervor de los borrachos en todas partes. Juan Pedro tomó un avión al otro día rumbo a Bogotá, antes de abordar un pequeño barco camaronero que lo llevaría a Nicaragua, para entrevistarse con el Comandante Cero, que poco después fue reducido por sus compañeros en un Cero a la izquierda, y con Ernesto Cardenal, imprescindible para el comienzo de un hombre nuevo y una tierra nueva bajo un cielo nuevo. La cosa pintaba.

Siguió un gran silencio de parte de Juan. A veces me pregunté si habría muerto, si se lo habrían comido los tiburones de agua dulce del lago de Nicaragua. Mi mujer comenzaba a cabrear con mi discreción. Y yo no podía contarle que algo había comenzado a moverse, que yo era parte de un vasto plan colectivo dirigido desde la sombra por héroes bipolares con problemas neurológicos y crisis de amnesia, ni que había conocido a un hombre llamado Juan Pedro, o Juan Pablo, o Juan Felipe, un muchacho lleno de mundo que había estado cerca de algunas personas que habían dado de qué hablar en la historia reciente, unas muy muertas ya y muchas enfermas todavía, como Dutschke que poco después murió en su bañera y como el incógnito combatiente que andaba por Medellín en busca de un cirujano que iba a retirar la bala del fondo de su cabeza.

Gonzalo me llamó ya no me acuerdo cuándo. Y por medio de claves y metáforas y comparaciones que habíamos aprendido a usar en la intimidad del nadaísmo, siguiendo la fórmula rimbaldiana, me puso al tanto de su

experiencia con el enviado en Bogotá, que además le había expresado la buena impresión que se llevaba de mí. Gonzalo lo había tratado muy poco, me contó. Pero bastante para que le gustaran sus modales angelicos, y sus poemas, y sobre todo la suave racionalidad para exponer sus pensamientos sin alborotarle los egos al otro. Era un gran representante de la alta diplomacia del nuevo espíritu de Occidente. También era obvio que estaba un poco desquiciado. En aquellos tiempos sin Transmilenio los buses bogotanos eran unos armatostes desastrosos, que se arrastraban por las avenidas con esfuerzo, con la cojinería hecha pedazos y las ventanas condenadas de modo que por la falta de aire olían a ruana mojada. Y llevaban escritos en el techo letreros bobos, un par de versos de alguna canción mexicana, la dirección de un zapatero remendón del barrio Las Ferias, una petición comedida, por favor, escusa hacia afuera, o esta barbaridad: no sea indio. Pues bien, me contó Gonzalo, Juanito, a veces usaba el diminutivo para nombrarlo, se dedicó a montar en bus desde la mañana hasta la noche borrando la partícula negativa con una moneda de diez centavos.

Gonzalo se refirió apenas a la maquiación que Juan estaba armando desde la Antártida hasta Nicaragua y Cuba. Eso, me dijo, se iría aclarando cuando volviera de hablar con los del movimiento sandinista y con Cardenal y con William Agudelo, el poeta antioqueño que entonces vivía en la comuna de

Solentiname con su mujer Teresita, donde nos habían aguardado a mi mujer y a mí, en vano, porque mi mujer había pensado con más sensatez que prefería el almacén de lencería que su mamá había prometido financiarle en Bogotá que las dichas de la santidad laica.

Ya se me estaba olvidando Juan Pedro cuando reapareció, una mañana luminosa de mayo en la carrera Junín. Tropezamos, me acuerdo, en el Astor. Yo estaba solo pero él llevaba del brazo una mujercita menuda, desprendida del friso de un templo maya, trenzas negras de un negro puro como el de los cenotes, larga la bata azul, vestida con la camisa más blanca y mejor almidonada que yo vi en mi vida, y la más bordada, pues llevaba el paraíso completo con sus frutas y pájaros y monos y mariposas de hilos de todos los colores y las manillas de sus muñecas como arcoíris. Era, dicho sin menosprecio, la figura arquetípica de una artesanía preciosa, sobre todo por el silencio que irradiaba mientras se paseaba delante de los mostradores de la pastelería sin saber decidirse. Te presento a mi mujer. Me dijo. Ella me miró sin hablar. Y todo era tan irreal: la misma voz y la criatura del bosque y cierto orgullo de actor en la manera de presentármela como si me la ofreciera. Lástima no recordar el nombre. Llamémosla Quetzal.

Mientras Quetzal consumía su pedazo de torta, chocolate con fresas, los más caros del mostrador, Juan me contó su aventura centroamericana, los fracasos, las sospechas de los sandinistas que

lo tomaron por un agente de la CIA solo porque tenía los ojos malva y hablaba un castellano increíble para un alemán tan joven. Y sobre todo, lo había ofendido la altanería de Ernesto Cardenal que ni siquiera le permitió desembarcar en su isla para dormir una noche, porque estaba harto de recibir jipís en busca de hospedaje gratis donde no había más que trabajo. A todo eso se había juntado la mala noticia de que al contacto mayor en Medellín se le había borrado, durante la extracción del proyectil, el contenido de la mente en un asombro genial que le impedía cerrar la boca. Al regreso por Guatemala, despaciosamente, para rumiarse la derrota, se detuvo en Ciudad de Guatemala, donde pensaba comprar un loro contra la soledad, y se había enamorado de esa hija de princesas remotas que tenía un quetzal domesticado. Y yo pensé que su vida terminaba así, para Juan, ilustrando aquella frase de Federico Nietzsche que tanto le gustaba citar a Gonzalo Arango, y que dice que algunos hombres salen a correr el mundo en busca de la verdad, la libertad o la virtud, y regresan enarbolando las enaguas de una mujer.

Los sandinistas habían enloquecido en el poder desde el Comandante Cero hasta el último miliciano de la base. Y de paso por Guatemala, había aparecido ese ser bienaventurado con cara de pájaro, la vendedora de loros y turpiales y quetzales, la nieta diminuta de un pequeño fabricante de paletas de agua, oriundo de San Pedro de Sacatepéquez. Iba a casarse con ella.

Porque todo su campo mental estaba ocupado por el amor que le tenía. Y por una preocupación.

Y qué tienen que ver estas historias, se preguntarán ustedes, con las niaguas del título. Juan se agachó, se sacó el mocasín, deshizo un nudo de gasa del dedo gordo del pie derecho coronado de pus, y me preguntó muy compungido si yo pensaba que podía ser una enfermedad venérea. Tuve un desfalco de mi fuerza de voluntad con una putica panameña. Y si yo infecto a mi amor divino, hija de un dios precolombino contemporáneo de Conejo, el último rey maya, no me queda otro camino que suicidarme. Yo levanté las cejas y recogí los labios, era todo lo que podía hacer honradamente. Entonces no sabía distinguir la madre de unas niaguas del mordisco de un iguanodonte. Después supimos por la carta que le escribió a Gonzalo que en su Alemania nativa Juanito había corrido un semestre por los consultorios médicos con su padre el pastor, en busca de un diagnóstico, mientras el dedo engordaba y un fuego lo consumía y supuraba sobre todo por las mañanas una linfa perversamente amarilla. Hasta que dio con ese médico africano que reconoció el nido de insectos sifonápteros que extrajo cuidadosamente con la punta de una aguja quirúrgica desinfectada en la llama de un pebetero de alcohol. La carta decía también que era feliz. Y que por primera vez en su vida no se avergonzaba de su felicidad. Prometió que nos íbamos a ver muy pronto. Y hasta el sol de hoy. ☺



Unos parroquianos disfrazados de patriotas

Digamos que aquí, en esta fotografía tomada en algún caserón de Sonsón, Antioquia, están reunidas las estrellas oficiales de la Independencia: Bolívar, Sucre, Santander, todas aquellas feroces celebridades... Páez, Urdaneta. Venezolanos casi todos. Por supuesto no Caldas ni Nariño ni ninguno de los ejecutados o desterrados durante la Reconquista española. También soldados rasos y mandos medios bien condecorados, e incluso, en la fila de atrás y a la izquierda, lanceros descalzos de los llanos del Orinoco y el Arauca, fieros en las batallas de 1819.

Un olimpo, pues, de hombres, casi todos blancos y un puñado de mestizos. Ni una sola mujer, aunque las haya habido por montones detrás de cada ejército. Ni un solo negro, que los hubo muchos y a punta de promesas. Ni indígenas, que también. De pronto sí algún legionario inglés de sombrerito explorador —cuarto en la fila del frente— de los que vinieron en manada a sumar sus bayonetas a la causa.

Todos ellos, “subversivos” y “rebeldes”... como textualmente nombraban en sus reportes los capitanes de las tropas realistas a todos los que tuvieron la osadía de cuestionar el poder absoluto de la Corona, “bandidos” capaces de emprender una revolución armada que terminó con la

expulsión de los españoles del Virreinato de Nueva Granada, donde habían sido amos y señores desde la Conquista.

Pero estos que vemos aquí, como bien sabrán a estas alturas, no eran nada de eso, o seguramente casi nada. Porque para 1910, cuando se tomó esta foto —a cien años del “Grito de Independencia” — ya estas tierras se llamaban República de Colombia, y de Bolívar y Santander y todos los viejos héroes no quedaba sino un reguero de recuerdos y papeles que los nuevos gobernantes del país luchaban por narrar a su manera.

Llevábamos veinticuatro de los 44 años que duraría la Hegemonía Conservadora en el monopolio del gobierno. Las cenizas de la Guerra de los Mil Días, ganada precisamente por los godos menos de ocho años antes, todavía estaban tibias. Y por eso, quién quita, algunas de estas casacas militares de pronto hayan sido reencauches de batallas de verdad, entremezcladas con imitaciones de ocasión.

Fue, en cualquier caso, una celebración Conservadora, con mayúscula. Una conmemoración a la medida de su ideario, ajustada a su relato y al tipo singular de patriota que necesitaban cultivar: católico, obediente, “gente buena” que no se hiciera censurar con sus

impertinencias como tantos “ateos”, “masones” y “liberales” de esos días. Por eso tal vez la mejor síntesis del espíritu de aquel aniversario la da el célebre librito “de Henao y Arrubla” que ellos mismos nombraron ganador del Concurso de Historia de Colombia organizado como parte de los festejos. Para honrar la memoria de aquellos “revolucionarios” e “insurrectos” que hacía solo cien años habían luchado contra “el despotismo de un gobierno arbitrario”, el buen librito oficial y de parroquia fue capaz de decir así, con entonado acento centenario:

“A semejanza de nuestros mayores, seremos como leones para vencer o morir cuando la Patria nos pida en su defensa la vida y todo. Es buen ciudadano el que conoce, ama y cumple sus deberes; honra la santidad de la Religión y del hogar” y —cómo no— “respeta y obedece a la legítima autoridad”.

Y entonces sonaba el himno de la República recién estrenado, y estallaba la pólvora, y todos tan contentos y patriotas, salían de misa y después de un buen rosario a descansar de tan duras y obedientes batallas por la querida Patria que, según decían y siguen diciendo, había dejado de ser “Boba” hacia rato. ☺



[Celebración del Centenario]. Benigno A. Gutiérrez. Sonsón, circa 1910. Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto.

tarima

Agenda Cultural

confiar
coop



¡Súbete!

Abrimos una nueva ventana

para apoyar y promover la programación
de nuestras organizaciones culturales
asociadas y ahorradoras.

Entra a www.confiar.coop
te programas y de paso
apoyas la cultura.



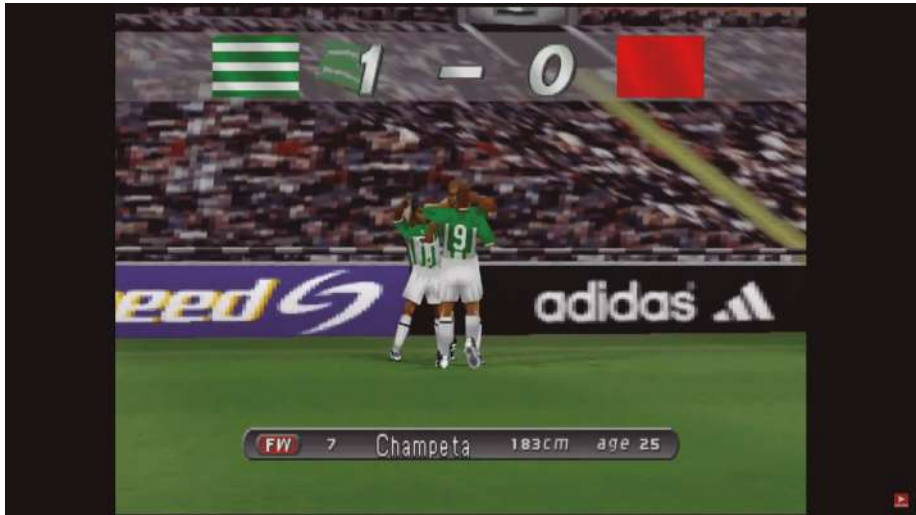
La diferencia está en confiar

confiar
coop

Gomito58

por ESTEFANÍA CARVAJAL

• Fotogramas del juego Gomito 58



Todo empezó en el año 1998, escribió Gomito en su sitio web, pero la escena que voy a narrar sucedió uno, quizás dos años después, póngale en el 2000, en una terraza de un edificio de tres pisos en Manrique, específicamente en la calle 83 con carrera 42A, donde también había un salón de videojuegos con cuatro Plays, cuatro televisores barrigones y un Ultra 64 en el mismo garaje donde hoy funciona la Droguería Nuevo Siglo.

Cuando no estaba atendiendo el negocio de los Plays, que se mantenía teñido de muchachitos que pagaban quinientos pesos la media hora, Jaime González, Gomito58, estaba en la terraza de la casa maquillando a los jugadores extranjeros de las películas de fútbol para que se vieran más colombianos.

Los mismos pelaitos que frecuentaban el negocio le dieron la idea: empezaron a pedir que les pusiera “la del Pibe” y después ya solo querían jugar esa.

“La del Pibe” era una película basada en Winning Eleven 3 de Konami que en vez de clubes tenía a las selecciones que jugaron el Mundial del 98: el Pibe versus Ronaldo al alcance de sus dedos. “Y veíamos que los pelaos eran jugando ahí lo más de bueno, lo más de bueno”, recuerda Gomito, y entonces pronto, como es natural, comenzaron a preguntarse por qué si estaban el Pibe y el Tino y el resto del combo del 98 no estaban René Higuita o el Camello Serna, y Jaime tuvo que explicarles que es que esos juegos los hacían en Japón y que los japoneses ni sabían qué era Nacional y

mucho menos Medellín: a lo sumo conocían a Colombia y eso que porque había ido al mundial.

“Pero los japoneses dejaron las puertas abiertas”, dice Gomito, lo que significa que el código era lo suficientemente accesible como para que un tipo de treinta años que vivía en Manrique lo pudiera editar.

Claro que eso no lo sabía Gomito cuando los niños le preguntaban si tenía una película con El Poderoso, ni lo sabía el profesor de programación que le dijo que lo que quería hacer era imposible, que cómo se le ocurría, que mejor se dedicara a vender empanadas, ni tampoco los amigos con los que hablaba en la terraza bajo el cielo llenito de estrellas, con Medellín allá al frente, amplia desde Manrique, brillando sobre las montañas; y el Chanfle, el Mello, Turbo —que era el más hábil con los botones de mando—, el Coflán, el Negro, Barcelona, todos ellos le decían que si se había embobado, que era muy difícil crear un juego.

“Sin embargo, yo pensaba”, dice Gomito, “si los japoneses lo hicieron, ¿por qué nosotros no?”.

Las primeras respuestas

Tras indagar aquí y allá sin ningún resultado, Jaime fue al único lugar del mundo donde podría encontrar una respuesta, si es que la había: internet.

Estamos hablando de una búsqueda en Google cuando el internet acaparaba la línea telefónica de la casa y se

demoraba eternidades en cargar una página con muchas imágenes. Y estamos hablando de que en esa época Gomito58 ni siquiera tenía computador.

“Un hermano mío que trabajaba en EPM me prestaba el internet. Yo llegaba a las ocho de la mañana a la casa, cuando él estaba saliendo para el trabajo, y me iba a las cinco de la tarde”, recuerda Jaime.

Lo primero que encontró fue una técnica para modificar las *memory cards*, y eso le dio algo de esperanza. Después supo de una gente que logró mejorar la potencia de las armas que disparaban contra los dinosaurios que invadían el mundo en Dino Crisis, un juego de supervivencia de Capcom que vendió 2,4 millones de copias en 1999.

Y fue por el *hack* de Dino Crisis que escuchó por primera vez del código hexadecimal: un conjunto de números y letras que, dispuestos de determinada manera, un carácter tras otro, consiguen que en la pantalla Ronaldo pierda la pelota en una gambeta al Pibe, o que Colombia gane una final de un mundial y por goleada, si es que el control está en manos del pelao más teso de la cuadra.

Finalmente, tras meses de leer foros de gente que estaba en las mismas que él, pero en otros lugares del mundo, Gomito58 consiguió su primera modificación: logró cambiar las franjas negras de la camiseta del Juventus por las verdes del Nacional. Y aunque nadie entendió muy bien la naturaleza de su logro —Juane, su hermano, le dijo que qué tan teso, y su mamá lo felicitó sin comprender del todo lo que veía en la pantalla—,

Jaime sabía que con ese código las posibilidades eran casi infinitas.

Gomito, el artista

Jaime González no se considera a sí mismo un *hacker*, sino más bien un “analizador lógico de la información”. Si lo ponen al frente de una pantalla en blanco para que programe de cero a punta de código, queda embaldado. Pero si lo que tiene es un código ya hecho, con una estructura lógica reconocible y unos objetos susceptibles de ser modificados, Gomito58 es capaz de hacer arte, que es la palabra que más se acerca al nivel de detalle con el que Juane y él retocaron los juegos por lo menos cada seis meses para que estuvieran siempre actualizados: el objetivo era darles a los pelaos una película de Play que se pareciera más a la vida real.

Así nacieron Calcio Italiano 2002/2003 con la carátula de Batistuta, Liga Española 2002/2003 con la carátula del fenómeno Ronaldo en el Real Madrid, Copa Libertadores 2003, en la que el América y el Medellín llegaron a semifinales; y en cada película incluían en todos los equipos a los jugadores reales del torneo, con los colores reales, con los nombres de verdad y los apodos que eran, y los *kanjis* cambiaban por letras del alfabeto latino, en español criollo y sin tildes, y hasta en las tribunas colgaban trapos según el equipo que jugara de local, y aunque no sabían japonés, los hermanos traducían, por deducción lógica, los comandos del menú; y cada uno de esos cambios, por pequeño que fuera, era una secuencia de

código hexadecimal, y por mucho tiempo también fue un cedé quemado por cada intento para ensayarlo en la consola, hasta que tuvieron que conseguir un emulador para el computador porque si seguían así se iban a arruinar antes de tener listo el primer juego.

El nivel de detalle de las modificaciones de Gomito58 es tal que hasta los créditos del juego, que probablemente pocos vieron porque para eso había que rescatarse la película, también eran suyos: Gráficos: Jaime González. Diseño de equipos: Jaime González. Comentarios: Juane González.

Y es aquí cuando volvemos a la escena de la terraza en un edificio de tres pisos en Manrique, por allá en una tarde del año 2000.

Gomito recuerda que hacía un calor de esos picantes de cielo azul sin nubes y que Juane estaba abajo en el negocio de los Plays. Para ese entonces ya había comprado su propio computador y había cambiado la casa de su hermano el de EPM por una oficinita que improvisó en la parte techada de la plancha. También había aprendido a modificar los archivos de audio del juego, lo que implicaba la posibilidad de cambiar entre dos mil y tres mil sonidos y comentarios que estaban originalmente en japonés, y que él y su hermano grabaron con un micrófono sencillo en el reproductor de Windows.

Para lograrlo, Gomito tuvo que jugar cientos de partidos prestando atención a los comentarios de los narradores y deducir por contexto lo que los japoneses querían decir. Así descubrió que el

juego tenía grabadas por lo menos tres formas distintas de nombrar los tiros de esquina, unos comentarios específicos para los ataques, otros para la defensa, y una conversación entre dos comentaristas cuando los jugadores estaban muy cerca del arco, a punto de hacer un gol, pero por alguna razón fallaban: o la pelota se iba por encima del arco, o pegaba en el palo, o se la robaba el equipo rival.

Con el diálogo ya listo en su cabeza, Jaime llamó a su hermano y le dio las instrucciones: “Cuando yo le diga, ¿tú qué opinas, Juane?”, usted me responde, ‘llegan bien, pero les falta un poco más de definición’.”

El mítico comentario quedó grabado al primer intento. Y luego, cuando el juego se hizo popular, los niños de Medellín se lo aprendieron y lo repitieron como loros, como muchos otros comentarios, en sus casas y también en la calle, en los partidos de carne, hueso y asfalto, o en la cancha de la unidad.

“¡Ese arquero es un buen arquero!”.

El éxito de los juegos de Gomito58 es que hablan como la gente. Que tienen acento paisa y de fondo suenan los pregones de los equipos del pueblo. Y aunque los más viejos no tienen los mejores acabados —por ejemplo, Jaime no sabía cómo suavizar las entradas y salidas de audio, que sonaban machacadas, y tuvo que pagar a un *hacker* peruano para que le enseñara a cambiar los escudos del menú—, es precisamente ahí donde reside su belleza: en esa autenticidad ingenua que sin proponérselo logra lo chiviado, como los tenis Ardidias

o los Mickey Mouse desproporcionados que llevan a abrazar niños a las primeras comuniones.

La expansión y caída del imperio

Del primer juego de Liga Colombiana Jaime vendió solo diez copias. Cuando menos pensó la piratería lo había regado por todo Medellín. Para que no le volviera a pasar, el mismo peruano que le ayudó con los escudos le enseñó a proteger el juego, y, en vez de encargarse él mismo de la distribución, negoció directamente con los piratas: él les hacía las películas y ellos se encargaban de moverlas.

Cada año, Jaime y Juane González sacaban dos, tres y hasta cuatro películas nuevas que vendían miles de copias.

Y en 2004, como se imaginaban que podría pasar, la leyenda de Gomito58 llegó a oídos de la justicia.

“Un señor de la Fiscalía vino a la casa preguntando por Bombito. Y yo le dije: Bombito no, Gomito, mucho gusto”, recuerda Jaime. La Fiscalía se llevó todos los equipos que usaban los hermanos González para editar las películas, pero un año después se los devolvieron, o porque no encontraron delito o porque no entendieron nada.

Lo único que le puso freno al negocio fue, paradójicamente, el arma que los había llevado a la gloria: el internet.

En 2007 llegó a Latinoamérica el Play Station 3 y con él una nueva forma de entender los videojuegos de consolas. Por primera vez, los usuarios tenían la

posibilidad de jugar en línea con rivales de todo el mundo. Y aunque Jaime y Juane quisieron editar las películas de fútbol para darles el toque colombiano, y de hecho la edición era mucho más sencilla que con el obsoleto código hexadecimal del Play 1 o con los editores para Play 2, Sony bloqueaba las consolas que corrieran películas no registradas, y nadie iba a querer sacrificar las bondades del juego en línea por jugar con Nacional o Medellín en la pantalla.

El Play Station 3 le puso freno a la piratería de videojuegos, pero Gomito58 siguió actualizando las películas para los jugadores que aún tenían en su casa PS1 y PS2, más por nostalgia y por amor al arte que por negocio. En 2015, cuando Gomito ya no le dio para vivir, Jaime volvió al negocio de los textiles —esta vez modificando impresoras de estampación para hacerlas más eficientes— y a finales de 2020 lanzó su última película: Fútbol PES 2021, con carátula de Messi, Cristiano, James y Neymar.

Jaime González recuerda su vida como Gomito58 con una nostalgia que se le siente en la voz y en los ojos, como recuerda uno las tardes de lluvia después del colegio en que jugaba Play con los amiguitos de la cuadra. Además de la lista de películas que aún vende en su sitio web, y que pueden jugarse en computador con ayuda de un emulador, lo que le queda es la satisfacción de haber cumplido el sueño de los pelaitos que iban a jugar Play a su videotienda y la certeza de haber marcado una generación que lee esto con su voz: “¿Tú qué opinas, Juane?”. ☺

DESCOLGAR PALMAS

El viento
golpea como una bestia
ciega
golpea sobre nuestras
caras
mientras bajamos
en bicicleta
por la avenida Las Palmas,
descolgamos
esquivamos carros
motos de policías
ciclistas profesionales.

Agarramos las curvas
casi acostados,
rozamos el pavimento
nos encocamos
para hacernos aerodinámicos
para restar la fuerza del viento
para potenciar nuestro peso.

Soltamos los
frenos,
casi tocamos las líneas pintadas sobre
el asfalto,
vemos la ciudad
abajo
como un reguero anaranjado y eléctrico
que chispea
y los matorrales
a un lado y a otro y
la maleza
No la maleza pura,
sino más bien a la que agrieta, como ésa,
segundo a segundo, el cemento y los ladrillos,
nos recupera de la servidumbre
y deja entrar otra vez la luz del mundo.

Los ojos lagrimean
los brazos tiemblan
la bicicleta
a más de 70 kilómetros por hora
se funde con nuestros cuerpos
hasta que
en la curva más
cerrada
al lado de un colegio de ricos
uno de los nuestros
adelanta una volqueta
y se cae de la bicicleta.

Nos detenemos.

No hay nada por hacer.

Hoy en día
se ve una cruz blanca
al borde de la carretera

Cada vez que bajamos
y nos acostamos
en esa curva
miramos la cruz por un instante
y seguimos
proyectando la velocidad
de nuestros cuerpos
contra el viento.

poemas de SANTIAGO RODAS

NOCTURNO

Cada noche una
piedra diferente
se vuelve catedral

N. Hardem

Los colores de la noche
me invitan a dar una vuelta
y camino
como si no hubiera un lugar
al cual ir
al cual llegar.
Y pienso y también dejo de pensar
Me acoplo al ritmo de cada cosa
cada vibración magnética, vegetal,
pienso en el diablo, en la palabra naturaleza,
en los costales que se le aparecían a mi tía
Ninfa Rosa de Jesús Quintero,
en las manos de mi madre con vitfligo.
Cuento las veces que he transitado por esta calle,
Veo grafitis en las rejas, carros que pasan,
lámparas que titilan, gente que camina con bolsas en las manos,
me dan ganas de llorar, pero no lo logro.
Respiro en la luz o por el tiempo;
escucho los pregones de los vendedores
Voy al Guanábano,
saludo a Márgara.
Todo está bien, me digo.
Todo está bien, insisto.
Agarro un taxi, miro el centro de esta ciudad
como si estuviera en una película de Víctor Gaviria
La Playa, La Oriental, el Parque de San Antonio.
Las luces amarillas las cambian por luces blancas
como si quisieran limpiar la luz sucia, tradicional
como si frotaran todo con un trapo
empapado de desinfectante para aclarar las cosas.
Esto es un simulacro, una mímesis, una repetición.
Me bajo en cualquier lugar.
Recuerdo el VHS de mi primera comunión,
la pregunta de mi padre luego de la misa: ¿Cómo te sientes?
Puro, le respondí.
Vuelvo al ritmo negro, ajusto mis pasos a lo real.
Me concentro en la luz, en su ausencia,
Imagino el montículo de la totalidad de monedas
que alguna vez pasaron por mis manos.
Sigo el camino que me indica
el silencio
que se destila a esta hora
en esta ciudad.

Que viva lo emergente

Actualmente la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia tiene abierta la Convocatoria de Nuevos Talentos en el Arte, y este año hay una nueva categoría: Radio Arte, para piezas sonoras con una duración de entre cinco y veinticinco minutos. En agosto, durante la Feria del Libro de Bogotá, lanzará una nueva edición del Premio Nacional de Cuento y Novela.

La vida es el cúmulo de vueltas que damos y que a veces tienen la fortuna de cerrarse. Cuando Alejandra Arbeláez era una estudiante de dieciséis años se montaba en un bus en El Carmen de Viboral y viajaba hasta el Centro de Medellín. Esas travesías tenían tres destinos fijos: el Museo de Antioquia, la sala de arte de Comfenalco y la Sede Centro de la Cámara de Comercio. No se perdía ninguna exposición: allí vio brochetas incrustadas en cuadros, rocas que eran en sí mismas obras, montajes con hojas de cuadernos viejos que le recordaban la escuela. Tantísimas vueltas después, en marzo de este año, Alejandra expuso una de sus obras en el Museo de Antioquia como ganadora de la categoría Sala Arte de la Convocatoria Nuevos Talentos de la Cámara de Comercio de Medellín.

Arbeláez es licenciada en Educación en Artes plásticas de la Universidad de Antioquia, tiene 34 años y transpira la sutileza de sus obras. No es una artista de pinceles ni de grabados, colecciona semillas o tallos sueltos que por su forma o color hacen clic en ella. Alguna vez un profesor la describió como una "jardinería del microcosmos": teje estructuras con dientes de león o malezas. Lo suyo es lo orgánico, lo volátil, aquello que parece frágil, incluso despreciable, pero que en sus composiciones fractales encuentra solidez. En *Transición*, la obra ganadora del premio de la Cámara, reúne unos quinientos pares de semillas de flores de mariposa. Ojo, no se deje engañar por el vistazo: estas son semillas de una enredadera, no alas de mariposa. Están ubicadas, sí, como si fueran alas, mirándose entre sí, y en las columnas van desde las más rojas, recién caídas y completas, hasta las más viejas y desgastadas por la luz o por el tiempo; como la vida misma.

Moverse, estirarse, conectarse con los márgenes: tan pronto como la Cámara de Comercio de Medellín levantó su sede en pleno Centro entendió que su labor no estaría completa sin una gestión cultural que apuntara sobre las urgencias del arte en la ciudad. A finales de los setenta, Medellín carecía de espacios y la Cámara auspició las últimas bienales y trajo los grandes conciertos de la época en alianza con el Teatro Pablo Tobón Uribe. En su Edificio de la Cultura, inaugurado en 1984, reposa una prestigiosa colección pictórica con artistas como Pedro Nel Gómez, Jesusita Vallejo, Francisco Valderrama, Alejandro Obregón o Flor María Bouhot. Más tarde, cuando el sector maduró y la institucionalidad se hizo presente, decidió moverse de lugar, acomodarse, ir más allá de sus exposiciones de artistas consolidados, y repensarse como una plataforma para el arte emergente.



Entonces lanzó a principios de los noventa el Concurso Nacional de Cuento y Novela, que ajustará treinta años y que nos regaló la Medellín tierna y furiosa de *Un beso de Dick* de Fernando Molano o de *La ciudad de todos los adioses* de César Alzate, la disruptiva *Vagabunda Bogotá* de Luis Carlos Barragán y las ediciones regadas por todo el mundo de *La cuadra* de Gilmer Mesa. En 2012, en compañía del Museo de Antioquia, creó la Convocatoria de Nuevos Talentos en el Arte para que los artistas jóvenes debuten con el pie derecho: expongan una obra en sus salas y reciban las primeras críticas de un jurado. En estos casi diez años ha recibido 1155 propuestas, y ha premiado 97 obras en distintos formatos que ofrecen reflexiones sobre temas tan diversos como la labor doméstica, los tiempos del ruido o la transformación constante de la corteza terrestre.

"Esta es una apuesta arriesgada, pero eso es lo interesante de lo nuevo, de lo emergente. Estos artistas son los que empiezan a contarnos lo que está pasando en la ciudad", dice Nathalia Figueroa Meza, vicepresidenta de Comunicaciones y Mercadeo de la Cámara. No por nada cada mes decenas de estudiantes de música daban su concierto de grado en el auditorio del Edificio de la Cultura, el mismo que tantas veces ha recibido a la mismísima Teresita Gómez.



Anualmente, antes de la pandemia, la Cámara ofrecía unas 150 actividades culturales que beneficiaban a quinientos artistas y 20.000 asistentes. En este año y medio de cuarentenas las salas se trasladaron a las pantallas, y se multiplicaron los conciertos virtuales de artistas locales. Más que nunca, la emisora 95.9 Cámara FM acompañó a los oyentes con nuevos programas como *Noches de Cuento*. "Queríamos dar un mensaje: las salas están cerradas, pero el talento sigue ahí", insiste Figueroa.

La pandemia retrasó la exposición de Arbeláez más de un año. Ese fue el giro que la llevó a presentar su obra la

última semana de marzo en la reapertura del Museo de Antioquia, ya no en solitario como ganadora de una categoría sino en conjunto, una suerte en tiempos de soledades. Tuvo que cambiar algunas de las semillas de mariposa, pero el noventa por ciento de la obra resistió. Para ella este premio fue un motor, un nuevo impulso, un guiño al tiempo. Se imagina que hay otra Alejandra, adolescente, visitando su obra y deshiliando las fibras que la mueven, decantándose por ese camino fangoso pero reconfortante que es el arte. Sí, la vida es un cúmulo de piezas que a veces tienen la fortuna de ajustarse, pero jamás agotarse.

LA TROPA RAPIÑA

por PASCUAL GAVIRIA • Ilustración de Thomas Choneto

Se reúnen en esquinas, grupos de diez o quince, con sus teléfonos como única herramienta. Se comparten rutas, clientes, videos porno, fotos de accidentes y los memes del momento. Sus puntos de encuentro siempre tienen algo de corral, un poco de mugre y ruido: colillas, paquetes de mecat, manchas de aceite son los restos del tedio y el revoloteo, sus dos obligaciones diurnas. Sus motos parqueadas sin ninguna lógica parecen un reguero de taller. Se han convertido en una necesidad, una tropa señalada e indispensable. La ciudad debe comer, seguir aunque sea la ruta de la supervivencia. Las puertas se han cerrado para evitar los contagios pero el alcohol, los antojos, la comida, las medicinas, las drogas deben seguir circulando: los apetitos no se truncan con los llamados a la responsabilidad y las barreras oficiales.

Durante seis meses patrullaron las calles casi en absoluta soledad. Los semáforos titilaban por inercia y las señales de tránsito perdieron su sentido. La milicia domiciliaria iba y venía entre pitidos que hacían de saludos y señales, una clave morse que construyeron para sus cruces. Cuando las calles comenzaron a abrirse y la gente volvió a salir a cuentagotas, el gremio se había convertido en una colección de pandillas. No iban a devolver las licencias ni los privilegios logrados. Habían sostenido el inmenso toldo de la ciudad y aportado las víctimas del primer brote que dejó algunos de sus familiares muertos. Las cuentas a ojo hablaban de ocho mil domiciliarios agrupados en tres grandes marcas. Comenzaron retando a los guardas de tránsito, a otros motociclistas, a los aborrecibles carros que habían vuelto. Luego desafiaron a los policías con sus alardes de acrobacia.

Los desplantes de los domiciliarios fueron creciendo poco a poco. Paraban en las tiendas a tomar gaseosa gratis con los mismos métodos de confianza de la policía, llegaban a tanquear en combos de diez y doce y “pedían” la ñapa por el volumen de la compra y por “pronto pago”, marcaban algunas zonas como exclusivas para el parqueo de sus motos con letreros a mano con algún chiste flojo: “Solo Harlistas de cajón”. Celebraban sus gracias y las grababan con sus teléfonos. Sus provocaciones rodaban en las redes. Luego comenzaron a cambiar sus teléfonos cascados por los de algunos de ciudadanos que trotaban, montaban en bicicleta o volvían de los mercados.

Las orejas de los puentes son ahora fortalezas de desarrapados y bodegas de negociación. Adentro, en los cambuches, alumbran los televisores con la energía robada a los postes de luz. Jaurías de siete u ocho perros celan en las noches y duermen en el día bajo los mangos y los guayabos que dan sombra a las orillas de las autopistas. Las motos van y vienen y algunos carros paran unos minutos mientras transan las gangas del día: teléfonos, joyas, mercados menores, botellas variadas, repuestos... Las tropas del domicilio surten y manejan esas bodegas al aire libre que son ahora las prenderías más cotizadas de la ciudad.

Los periódicos se alertaron cuando se supo de los primeros atracos con gasolina. Los domiciliarios llegaban en grupos a pequeñas tiendas y amenazaban con sus botellas y sus olorosos galones plásticos. Su rastro se adivinaba a cuadras. Los Bomberos, fue el bautizo con doble definición: la literal de los dispensadores de gasolina y la clínica de los que apagan el incendio con gasolina. La noticia apareció entre llamas en un diario que se distingue por su portada amarilla y roja: “Ataque de Los Bomberos. Llegaron por mercado y dejaron un quemado”. Las declaraciones de algunos voceros de la Tropa Rapiña, como los bautizó otro medio, pedían por meterlos a todos entre los ladrones: “La mayoría de nosotros saludamos, entregamos y cobramos. No somos ladrones. Unos pocos están dedicados al atraco y otros se hacen pasar por repartidores”.

El virus bajó, la movilidad creció y los atracos de la tropa se hicieron cada vez más comunes. La desconfianza de los “desconfinados” frente a los domiciliarios se convirtió en un nuevo ingrediente al igual que los insultos mutuos, los escupitajos y hasta las motos quemadas. Los “accidentes causados”, según el lenguaje cortés de la policía, crecieron semana a semana. La gente les tira el carro a los domiciliarios por temor o venganza. Caen las motos, se rompen las cajas y los habitantes de calle recogen su pedido. “Hacia años no chuliaba hamburguesa, figuró hasta Coca-Cola, gracias a mi dios y a esa Toyota blanca”, dice un desarrapado en uno de los noticieros locales.

Con el regreso de la gente a las calles los domiciliarios ahora son renegados en sus motos. Se cambian sus letreros de parqueaderos exclusivos por la prohibición. Restaurantes, bares, tiendas y vecinos hablan fuerte y claro: “Para recogida de domicilio deben llegar sin cascos y con identificación”. Los muertos de la Tropa Rapiña también han comenzado a aparecer en

las portadas. Además de los policías patrulla La Guardia. A la salida de un restaurante chino adonde llegaron a robar con fierro los acribillaron desde una moto: “Se iban a robar la plata y dos cajas y les hicieron el cajón”, titula el diario rojo y amarillo.

La alcaldía ha expedido un decreto en el que exige la geolocalización de los domiciliarios para seguimiento en línea además del registro de cada uno con la placa de su moto. Policías y domiciliarios son otra vez mayoría en las calles. Un nuevo brote ha exigido una nueva cuarentena y los repartidores son de nuevo un medio vital para la vida virtual. Llega el tiempo de los toques de queda, hay una especie de tregua en la desconfianza y la rabia ciudadana contra los recaderos, se pagan las propinas con resignación para ganar un poco de tiempo y se despiden con recelo pero sin antipatía. La necesidad les pone otra cara a los ladrones que ahora cambian sus cascos y andan a otro ritmo. Cuando les devuelven la ciudad recobran su trabajo corriente y vuelven las risas a sus corrillos. Hacen sus vueltas sin testigos.

Pero cuando las calles se ocupan de nuevo los correveidiles convierten sus cajones en bodegas, se dedican a mover fierros, trastear drogas, “decomisar” mercancías y algunas diligencias más complejas. Entonces manejan con el tufo que dejan unos tragos para ganar arrojo, truecan sus motos, apagan las luces cuando toca y les pagan a algunos taxistas para que hagan inteligencia o les sirvan de escoltas. Es normal ver “patrullajes” de seis motos con un taxi detrás. De nuevo, en los tiempos de calle, son vistos como amenaza y según la hora, el miedo y la rabia, los conductores los esquivan o les tiran el carro. Cuando aparecen con parrillero la gente se agrupa en las aceras o se refugia en los negocios. Pasan y se ríen: “Tranquilos, matar el mensajero no aleja las malas noticias”.

Los decretos han ido creciendo en señalamientos y prohibiciones: primero las reseñas y los seguimientos satelitales, luego la prohibición del parrillero, la restricción al parqueo colectivo, pico y placa para tener menos repartidores que vigilar, restricciones para entregas después de las diez de la noche. Pero la Tropa Rapiña maneja por los caños, se evade por las aceras, tiene talleres y parqueaderos propios, trabaja con barrenderos, habitantes de calle, carretilleros, taxistas y los policías que siempre quiben llegar sin cascos y con identificación”. Los muertos de la Tropa Rapiña también han comenzado a aparecer en



“La sociedad tiene que dejar esa especie de bipolaridad. Los malhechores no pueden ser serviciales mensajeros un día y peligrosos ladrones al día siguiente. Es necesario comenzar a restringir su circulación y señalar sus actividades. Cada vez son una mafia más peligrosa. Por eso hasta en los momentos más duros de la pandemia autorizaremos a los ciudadanos para recoger sus pedidos en farmacias, licoreras, restaurantes y supermercados. También queremos que en las unidades los vecinos puedan servir de domiciliarios por un día. Acumular pedidos y recoger encargos propios y ajenos para reducir riesgos y circulación. Estamos confinados pero no nos podemos dejar acorralar”. El alcalde lo dijo y la gente lo acogió con risa nerviosa, con algo de burla y algo de rencor contra esos “camellos” tan cafres. Era un llamado a descontinuarlos, a restringir esa careta legal que servía para sobrevivir en los confinamientos.

Pero unos días después estaban secuestrando perros en los parques. Los afortunados que tenían perro o que paseaban los ajenos para respirar un poco eran abordados por los “veterinarios”: “Venga se lo llevamos a pasear un rato, el perrito está cansado de caminar”. Algunos de los cajones ahora tenían huecos y los secuestradores se mostraban por redes como *pet friendly*. Le decían al dueño o paseador que hiciera dos pedidos diarios y en alguno de esos le daban la instrucción para entregar la plata y recoger “la presa”. Entonces recibían su pizza hawaiana, sus perras

sin cebolla, sus batidos de frutos rojos y en cualquier momento tenían el santo y las señas. Entregaban su millón o sus dos millones y en una hora les tiraban el dato de donde estaba amarrado el chandoso. “Entregamos perros tibios”, ponían en los mensajes para tranquilidad de los clientes.

Por redes sociales surgió el movimiento #LaVigiliaVigila. La ciudad se cerró durante dos semanas para combatir la circulación de la Tropa Rapiña. El virus iba cediendo pero era necesario guardarse para asfixiar esa mutación que ya mostraba quince mil domiciliarios en una ciudad con más de setecientas mil motos. La idea era un sacrificio para comer en casa y lograr que esos malditos se murieran de hambre o se mataran entre ellos en las calles vacías y sin pedidos. La línea de la policía y aplicaciones privadas ofrecían acompañamiento. Los domiciliarios desesperaban, bebían y hasta cocinaban en parques, en los cerros, en los fortines creados en las orejas de los puentes. No había trabajo y comenzaron las batidas policiales y las exigencias de confinamiento: “En vista de que el trabajo de los agentes domiciliarios se ha visto reducido al mínimo se prohíbe su circulación en las ciudad y solo el 5 % de ellos podrán estar en la calle para atención exclusiva de farmacias”. El decreto se ejecutaba y se cumplía a medias. La ciudad aguantaba la respiración para ahogar a “los bichos”.

La tropa comenzó a tomarse los dos principales cerros de la ciudad para protegerse de la policía. Ahora había

cambuches y ranchos aceptables en el Cerro Bandera y el Cerro El Violador, según los apodos surgidos en medio de la ocupación. La carpa negra de un camión de estaca robado ondeaba en el Cerro Bandera, y en El Violador el teatro al aire libre hacía de campamento de refugiados con camarotes, sala de juegos y caspete de fiesta. Los tropeles no faltaban en El Pueblito, capital del Cerro Bandera, y el teatro de operaciones, vanguardia de El Violador.

Tres policías heridos, un domiciliario muerto y diez heridos fueron el saldo del primer enfrentamiento en los bajos de los cerros. Buena parte de quienes trabajaban para la Tropa Rapiña comenzaron a frecuentar los enclaves, a levantar sus propios cambuches y el lío iba creciendo. Los rumores hablaban de robo y reventa de vacunas. Los carros de los duros hacían fila en los bajos de los morros, había comenzado el *drive in* para la vacunación de la mami, la cucha, una tía resabiada y otra población vulnerable. “Los ricos no son los únicos que tienen la Corona...”, era el dicho que se recogía en la zona.

Las carrozas fúnebres apagaron todos los ruidos durante dos semanas. La ciudad pasaba el pico más fuerte de la pandemia. Las muertes se multiplicaron, la gente se guardó sin pelear con los decretos y la Tropa agachó la cabeza y acompañó el duelo. En últimas los muertos estaban en todas partes. La ciudad se sentía quieta por primera vez en meses. Callada, sin los temores de los robos y la violencia, sin ánimos de venganza ni miedos: la prensa, las redes, las conversaciones en las tiendas todas en tono bajo. Se le dejó todo al virus. Los tranquilos días del duelo fueron descritos por la prensa tétrica: “En los parqueaderos la estopa lustra las carrozas. Las funerarias cercan tres clínicas y las salas de velación están al aire libre, en las chazas, al lado de los coches con termos. El equipo de duelo, azafatas dicen los taxistas, toma gaseosas en las esquinas. Los chóferes oyen los peores vallenatos del domingo y el perro del garaje duerme debajo de un carro fúnebre marcado con una placa honorífica: Clásico y antiguo. En las puertas de las casas se repite el cartel fúnebre y los duelos de solo cenizas...”.

Cuando la curva de muertes volvió al promedio la calle retomó los pleitos. El cansancio alentaba a la gente y aletargaba a los policías. Grupos de ciclistas comenzaron rutas de desobediencia en las noches, el lote iba bebiendo por los barrios en relativo silencio, los estudiantes bebían contra las rejas de las universidades cerradas y los futbolistas de ocasión jugaban picaos hasta que sonaba el silbato de los tombs. La calle demostró ser el más indispensable de los vicios. Y los cerros estaban cada vez más movidos. El teatro en El Violador empezó con las canciones de algunos venezolanos entonados con alcohol de manos. Se animaba en las noches con la fanática de los compatriotas y los conciertos de fin de semana fueron cogiendo otros aires y otros humos. Todos los artistas llegaban con micrófono y parlante, ese “lorito” era la lonchera. Se sumaban los mariachis aburridos de cuidar los instrumentos y tocar en las porterías levantando los sombreros a los balcones.

Tenían buen aparataje de sonido y una banda amplificada. Eran los capos del espectáculo. Se movían busetas escolares. Al tiempo llegaron raperos de todas las calañas, los peores solistas del encierro, una docena de vallenateros que lograban armar cinco conjuntos, el reguetón de bus, de semáforo, de bar barato, de discoteca, de matrimonio caliente... Hasta llegar a las figuras medianas. Detrás del público vinieron los vendedores de Bon Ice y Vive 100, las crispetas, la michelada a 2500, los chuzos con la parrilla en el coche de bebé, el coche de beber con guaro y mango. Los confinamientos comenzaron a descomerse por ese teatro en el barranco inofensivo de un cerro al norte del Valle. Lo que había comenzado como un campamento de renegados se transformó en efervescencia, un llamado a la manada, un desvare y una sedición de quienes buscaban algo de trabajo y fiesta, y de los muchos que no tenían nada que perder. La Tropa Rapiña se convirtió en una improvisada productora de espectáculos. Por esa vía el control se fue haciendo imposible, cuando el “aforo” marcó quinientas personas entre espectadores, vendedores, curiosos atraídos por el rebusque y jibaros en busca de armar plante, la “cuarentena estricta” se hizo imposible. Los decretos y el control se estaban descomiendo con alcohol, música barata, desesperiado juvenil y la curiosidad de los recién llegados con tapabocas estampado.

En el Cerro Bandera también montaron escenario improvisado y las programaciones de fin de semana rotaban vía WhatsApp. Los conciertos en el Bandera fueron desde el principio mejor sonados y mejor habitados. Algunos productores se sumaron y la policía patrullaba y cobraba. Se bebía mejor y no era tan duro como el parche del Violador. Los señalamientos y la presión comenzaron a bajar con la llegada de un público más “acomodado”. Los trapos rojos del hambre se cambiaron por trapos verdes en las tiendas vecinas a los cerros. Era la manera de decir que abrían sin importar las precauciones oficiales: “La ola verde se riega por las calles”, fue el titular del diario serio de la ciudad. El diario popular lo dijo de manera distinta: “Semáforo en verde”, y abajo la foto de un plástico verde gigante que servía como carpa en una tienda al pie de la quebrada La Iguaná.

Los locales alrededor de los conciertos estaban de nuevo conectados y las casas cercanas ahora eran almorzaderos, revuellerías, quioscos de hielo, garajes como hornos de pizzas. La ciudad creciente giraba alrededor de los cerros. Los duros de la Tropa Rapiña sostenían la caña en su fortín.

Algo de música y desorden había logrado abrir la ciudad. Ahora muchos agradecían el arroyo de la Tropa Rapiña. Sin que nadie lo imaginara su poder había logrado contradecir a los epidemiólogos. El gran concierto empezó desde el mediodía con los clásicos que habían creado la escena que ya cumplía un poco más de tres meses. La policía había decidido cuidar el evento. La administración entregaba tapabocas al ingreso y se reunieron más de ocho mil personas. El primer gran evento luego de año y medio era organizado por esos malevos indispensables. “Entregamos alegría”, decían las boletas. El *show* cerró con un mano a mano entre los dos mariachis más grandes de la ciudad. Uno tenía un Raphael bien templado para cerrar su tanda y el otro se adornaba con Rocío Durcal. La última de la noche marcó la llegada de otro tiempo luego de año y medio de encierros y combates. La pareja de “impostores” cantó *Volver, volver* con el coro de todo el teatro. La calle y el tumulto estaban de regreso. Al día siguiente el diario amarillo y rojo tituló con la letra más grande que tenían: “Triunfó la revolución mexicana”. ©



por MARIO ALBERTO DUQUE • Ilustración de Camila López

A mano armada

—Una vez más, ¿dónde vas a estar vos?

—En la esquina de Ayacucho.

—Bien. ¿Y luego?

—Espero la señal, bajo hasta la esquina con Bolívar hasta donde llegarán ustedes, y de ahí, a contar la fortuna.

—Fácil, ¿cierto?

—Fácil. Certo.

El golpe sería a principio de la tarde para aprovechar el sopor que sigue al almuerzo. Lo había decidido tras estudiar, durante un par de semanas, la esquina de Colombia con Bolívar desde el café del hotel Simón Bolívar, donde ahora conversaban. Marco calculó que, por la hora, habría tanta gente como para pasar desapercibidos mientras llegaban al local; poca en el momento de emprender las de Villadiego, y no tantos carros como para impedir la huida. Dos hombres armados en la joyería, un campanero, y Agustín, el muchacho detrás del volante de un Dodge cuatro puertas, fácil de abordar para largarse.

Era un plan sencillo: arriba las manos, señores, que nadie se mueva para no tener que llamar a la funeraria. Todos contra la pared y deme usted esas joyas, señorita. Y, si es tan amable, póngalas en esta bolsa junto con el dinero.

Le gustaba pensarse como un John Dillinger local, simpático y con algo de gracia. Incluso había ensayado varias veces, ante el espejo, la sonrisa que esperaba lucir el día del asalto, a medio camino entre coqueta, de esas que hacen sentir bien a las damas, y cínica, de las que advierten a los hombres que se equivocaron de camino. Tenía claro, sin embargo, que Marco Restrepo no era un nombre tan sonoro como el del asaltante gringo.

—¿Qué hay allá? —preguntó Agustín.

—Joyas, muchacho. No se llama joyería porque vendan zapatos York.

—Pero ahí también venden gramófonos y otras bobadas.

—Sí, pero nosotros vamos por las joyas, el oro y el dinero... Y quizás un gramófono.

—¿Y a mí cuánto me toca?

—Hay suficiente para todos. Es un buen botín.

—¿Pero cuánto para mí?

—Ya veremos.

La Joyería David E. Arango, ahora en manos de sus hijos, era de tradición. Fundada a principios del siglo, cargaba con una historia truculenta sobre una guaca falsa con la que el viejo Leocadio María Arango, padre del actual propietario, había tumbado, incluso, a unos científicos europeos. Las vasijas de barro que vendió a museos y coleccionistas las hacían sus socios en el barrio La Iguaná. Ladrón que roba a ladrón, se dijo. Pero ese era cuento viejo, aquí lo que valía era el oro, las piedras preciosas y los billetes. Suficiente para pensar empezar una nueva vida.

—¿Y si el carro no prende?

Había algo de duda en los ojos del conductor. Marco se lo atribuyó a que el muchacho era un novato.

—Prenderá —le respondió—. Tiene que... Ya lo probamos, además. ¿O no?

—Sí. ¿Y si aparece la policía?

—Puede pasar, pero para eso estás vos, para irnos antes de que llegue.

Marco lo miró bien. Agustín. Veinte años, nervioso pero avisado. Flaco, despeinado y con un escaso bigote de niño todavía. Bien podría ser su hijo si su vida no hubiera sido una larga sucesión de egoísmos amorosos y escapes cada vez que alguna de las que consideró sus mujeres lo quiso más de la cuenta.

Le habían dicho que era un muchacho temerario y diestro para andar por las estrechas calles de Medellín. Se convenció de incluirlo en el golpe cuando le contó que el robo sería el 9 de abril. “El mismo día de mi cumpleaños”, le contestó. Y si había algo que le gustara eran las coincidencias, y esa era una buena, un presagio favorable, pensó. También le simpatizó por el nombre, Agustín. ¡Qué clase de nombre era ese para un ladrón! Le advirtieron, también, que era codicioso y algo llevado de su parecer, pero Marco juzgó que esas no eran malas cualidades para el negocio.

—¿Y si nos pillan? —preguntó el novato.

—Si te he visto no me acuerdo.

—¿Y si toca disparar?

—Dios quiera que no. Y en todo caso, vos solo te encargarás del carro.

Nada de disparos, eso esperaba. Sabía que el negocio tenía riesgos, pero esperaba que mostrar el revólver fuera suficiente para amedrentar a quienes estuvieran en la joyería. Pero si tocaba, estaba listo para hacerlo, no sería la primera vez.

—Otra vez. ¿Dónde vas a estar vos?

—En la esquina de Ayacucho.

—Bien. ¿A qué horas?

—A las dos.

—Correcto. No es más, mijo. Mañana nos vemos —le dijo a modo de despedida. Esperó hasta que lo vio salir del café y luego clavó la cabeza en el periódico. Un reclamo de Argentina sobre las Falklands, un seguimiento a la Conferencia Panamericana y el camino al desastre por el que Gaitán conduce al liberalismo. Nada que le interesara realmente. Revisó los ganadores de la lotería, sin mayores expectativas, porque si todo salía bien, los 11 900 pesos del premio mayor de la lotería del Atlántico o los 36 000 de la del Valle serían poco. No acertó en ninguna.

Entre salir a caminar y meterse a un teatro para matar la tarde, se decantó por el cine. Revisó de nuevo la clasificación moral de las películas: buscó las que la Acción Católica denominaba desaconsejables, positivamente peligrosas y nocivas para todos, sin distinción de edad, estado y cultura. Había cuatro: *Adiós pampa mía*, *La canción de los barrios*, *Amor desnudo* y *Chica bravía*. No gustaba para mujeres. Sería tango, entonces.

Se durmió en el cine y luego se desveló en la cama. Se levantó cuando los primeros rayos del sol apenas empezaban a calentar los techos del caserío que era el barrio Sucre, al que esperaba y deseaba no volver más. Se vistió sin prisa. Saco, corbata y unos zapatos cómodos. Evitó el sombrero por llamativo, aunque le gustaba eso de quitárselo ante la dignidad y la belleza, pero era mejor evitar que alguien lo mirara más de la cuenta. Se peinó cuidando la rectitud de la línea al lado derecho de la cabeza. Fue a misa. El arzobispo García Benítez ofició la ceremonia repleta de bendiciones para Ospina Pérez. Le causó sorpresa la prohibición velada sobre la obra de una tal Débora Arango. Iría a ver sus pinturas luego, cuando fuera millonario. Tal vez hasta le compraría una, pensó.

Caminó por Junín hasta Ayacucho y desanduvo el camino por Bolívar para revisar los últimos detalles. Se desvió hasta La Bastilla y pidió un café con leche que estuvo mezclando sin despegar los ojos de la calle.

—¿Todo en orden, Marco? —le dijo una voz a su espalda.

—Sentate, Muñeco —le respondió, sin volver la cabeza.

Se conocían de siempre, del barrio, crecieron juntos. Aunque lo de crecer era un eufemismo: el recién llegado apenas superaba por unos centímetros el metro y medio. El apodo, que luego convirtió en alias, se lo puso su mamá. Le gritó “adiós, muñeco” a la entrada de la escuela y lo jodió para siempre. Aprendió a defenderse desde niño. Se daba trompadas con cualquiera que le hiciera un chiste sobre su tamaño. Luego compartieron estilos y consejos sobre dar puñetazos y patadas, que les fueron útiles para zanjar cuestiones futbolísticas o territoriales.

Muñeco se hizo ladrón en las calles, escondido en las esquinas. Fue Marco quien lo sacó de ahí para que le ayudara con golpes más grandes: almacenes cuya mercancía luego revendían, casas de confiados parroquianos, pequeños negocios de los barrios...

—Martínez no viene, que se le enfermó la vieja... o se le murió, no sé —le soltó Muñeco—. Creo que está cagado de miedo —agregó.

Marco no respondió de inmediato. Se tomó los restos del café ya frío como si fuera un aguardiente. Tal vez le vendría bien un trago, pero le pareció que era temprano para empezar a beber.

—Bueno, hasta mejor, nos toca un poco más a cada uno.

Vio sonreír a Muñeco y supo que él también había pensado lo mismo. Les haría falta el campanero, pero ya era tarde para buscar otro.

—¿Los trajiste? —le preguntó.

—Listos y cargados —le respondió y se metió las manos a los bolsillos del saco. Aquí no, le dijo con la mirada. Ese era Muñeco, el de la acción. Por eso aún lo sorprendía que lo de la joyería fuera idea suya. Se le ocurrió cuando entró a buscar un anillo por si sentaba cabeza y se casaba. Se asombró con los precios y se imaginó la registradora llena. “Si hubiera estado armado, te lo juro que ahí mismo me lo llevo todo”, le contó días antes.

Revisaron el plan. Marco entraría primero. Muñeco después. Exhibirían las armas, vaciarían la caja fuerte y se llenarían los bolsillos con cuanta alhaja encontraran. Entre más rápido mejor. De ahí al trote hasta el carro.

—Sin disparar, si es posible.

—No hace falta decirlo.

La idea de cargar con un muerto no les interesaba, no por un asunto moral, sino por la bulla que generaran los muertos. Dejaron el pago sobre la mesa y salieron a la calle. Junín parecía estar más llena que de costumbre. Caminaron hasta Ayacucho. Agustín ya estaba en su puesto. Los saludó con un movimiento de cabeza y se montó al carro. Apuraron el paso. Bajaron hasta Colombia para encontrarse con una multitud que caminaba hacia el parque de Berrío.

—¿Qué pasa? —preguntó Marco a un transeúnte.

—Le dispararon a Gaitán, en Bogotá. Bien se lo merecía ese negro hijueputa.

Buscó los ojos de Muñeco, pero tenía la mirada fija en el culo de una oficinista que pasaba por su lado.

—¿Oíste?

—Sí.

—¿Seguimos?

—¿Por qué no?

Para cuando llegaron a la joyería ya habían empezado a cerrar algunos locales. Un muchachito apostado en la puerta del local apretaba un manajo de llaves, buscando la indicada.

—Lo siento, señores, pero por hoy cerramos —les dijo. Había algo de susto en el tono de su voz. Marco y Muñeco se miraron un par de segundos y todo quedó dicho. Adiós a la gentileza y a la sonrisa ensayada a lo Dillinger. Marco empujó con furia al portero improvisado y lo mandó al suelo mientras Muñeco le pasaba un revólver y apuntaba con el cañón del suyo a una dependienta.

—¡Quietitos todos, hijueputas! —gritó Muñeco.

El diminutivo de la amenaza casi hace reír a Marco. Arrastró al muchachito por el cuello de la camisa, lo llevó hasta los exhibidores y lo obligó a abrirlos.

—Que te den el efectivo —le dijo a Muñeco, que saltó el mostrador y abrió de un cachazo la registradora. Marco se paseó por la tienda, levantó la cabeza y a través del ventanal que daba a la calle vio una cara familiar. Alguien que miraba a lado y lado y parecía nervioso. Era un tipo flaco, despeinado, que lucía un escaso bigote de niño todavía y blandía una piedra en la mano. Mocoso de mierda, pensó mientras Agustín llevaba el brazo tan atrás como era posible. Flacu-chento hijueputa, le maldijo siguiendo con la vista el recorrido de la roca. Ay si te agarro, se dijo antes de que el vidrio se hiciera trizas.

Un rumor de gritos llegó desde la calle y una oleada de gente se metió a la joyería. Cuando Muñeco los vio ya estaban encima de él. Apenas si alcanzó a coger un par de billetes más antes de que le arrebataran la registradora. Marco disparó al techo para espantar a la turba, pero fue como intentar disipar un mosquerío a punta de soplidos. Allí rompían un mostrador, más allá tiraban una vitrina al piso. Relojes, discos, máquinas de coser y joyas, claro, todo se iba en unas manos que no eran las suyas. Buscó a Agustín entre la turba, sin éxito.

—¡Muñeco, la caja, la caja! —gritó Marco, corriendo hacia ella, arrastrando al muchachito de las llaves. Que los demás se llevaran las chichiguas, ahí debía de haber algo grande. Muñeco los alcanzó y sirvió de parapeto, mientras Marco, agachado, apuraba al muchachito para que abriera la caja fuerte.

—Señor, ahí están...

—Ábrila o te vuelo la cabeza —le espetó, sin dejarlo terminar la frase. Y pensar que él quería algo tranquilo, decir por favor y retirarse con un “feliz día”. El muchachito temblaba, pero lo hizo. Muñeco apuntó con el revólver a los curiosos que se acercaban demasiado y que seguían de largo al ver el cañón y la mirada del truhán.

Se abrieron la puerta y los ojos de Marco. La caja fuerte estaba llena de vasijas de barro, la guaca falsa de Leocadio para tumbar incautos. Se palpó los bolsillos del pantalón en busca de los anillos y cadenas que alcanzó a guardar y supo que eso era todo. Ojalá en los de Muñeco haya mucho más, pensó.

—¿Y?

—La cagamos, Muñeco —le respondió, y esgrimió la sonrisa que había estado ensayando.

—Quitate.

Muñeco sacudió a Marco con un empujón y, de rodillas, sacó a manotadas y tiró al piso las imitaciones precolumbinas, buscando un fondo falso que escondiera el tesoro prometido.

No habría vida nueva, se lamentó Marco. Haló a Muñeco del hombro cuando sintió el calor del fuego que empezaba a consumir el negocio. Giró a su alrededor a ver si quedaba algo que valiera la pena y entonces lo vio, corriendo entre el humo. Marco levantó el brazo, cerró el ojo derecho, cargó y apuntó a un tipo flaco y despeinado que huía con lo que le pareció era un gramófono. ☺

*Este texto hace parte del libro *Pudo ser así* de Frailejón editores, publicado en 2017.



¡REINTEGRAN A EMPLEADO QUE DESCUBRIERON ROBANDO!

Caldas (APin). Esta semana, Rosalba Guzmán, propietaria del supermercado Bonanza, en el municipio de Caldas, Antioquia, optó por darle una nueva oportunidad a su yerno luego de que este fuera captado por las cámaras de seguridad extrayendo dinero de la caja. “Al fin y al cabo es familia”, declaró la mujer.

Ante el gesto bondadoso de su suegra, Jorge Gómez, de oficio rebuscador, reconoció que también había tomado varios productos “sin permiso”. “Una máquina de afeitar y tres golosas... Pero prometo que no va a volver a pasar”, manifestó el hombre avergonzado.

Por su parte, la propietaria, cuya hija lleva seis años casada con Jorge, informó que le volverá a dar el puesto de cajero. “El muchacho se descachó pero tengo la esperanza de que esta vez no me va a defraudar”, agregó.

APin no logró establecer el monto total del desfalco, solo trascendió que se asumió como un préstamo. “Ya irá pagando”, dijo Rosalba, mientras que a Sandra, esposa del reintegrado, se le observó señalándole a este, con la boca, dónde estaban ubicadas las cámaras.

¡CANJEA LAVADA DE PLATOS POR HACER CRISPETAS!

Medellín (APin). El arquitecto Julián Blanco, de 27 años, se comprometió ayer a hacer crispetas dulces a cambio de que su hermana Mónica aceptara lavar los platos del almuerzo, labor que le correspondía a él ya que fue ella quien estuvo a cargo de la preparación. “A veces negociamos”, aseguró el hombre.

Mónica, publicista desempleada, informó que para esta ocasión preparó un guiso de pollo con arroz, yuquitas fritas, ensalada y jugo de piña. “La cocina quedó vuelta nada y cuando fue a llevar la loza sucia al lavaplatos me dijo dizque qué me pide por lavar todo esto”, relató la mujer.

Según declaraciones de Fany Márquez, madre de las criaturas, Mónica es por lo general “intransigente” con este tipo de solicitudes. “Ella hace lo que le toca y no más, tenía que estar muy antojada de crispetas para ponerse a arreglar cocina mientras el otro se rascaba la barriga”, declaró.

APin conoció que las palomitas de maíz, conocidas en otras latitudes como cotufas o pochoclos, son el plato más apetecido de Julián. “Le quedan todas caramelizadas, son enviadoras”, dijo Mónica y aclaró que parte del negocio era que él lavaba lo que ensuciara en la cocción de la golosina.

#ClasificadosAPin

✂ ¡No busque más! No más totazos ni tropiezos ni tiempo perdido. Acariciamos paredes en busca de suiches en la oscuridad. Somos confianza y discreción. Se cobra por suiche encendido y ubicación del inmueble. Informes aquí.

✂ Orlando Mina, deportista, buen estado físico, estudiante de Zootecnia, se ofrece para cuidar las botellas y latas que se meten al congelador. Evite la cerveza escarchada, sin gas, diga no al envase de vidrio reventado. Precio por unidad, total discreción.

Encuéntrenos en redes sociales como Agencia Pinocho.



Natalia Giraldo G.
Desapariciones
Fotografía de huella sobre sal
2021



Ancón sigue sonando y tronando después de cincuenta años. Es un mito nebuloso. Buscarlo en la prensa vieja logra que se oigan algunos ecos de sus bandas recién creadas y sus contradictores que son joyas de anticuario. Aquí encontrarán las versiones acústicas y en estudio. Habrá barro y humo. Y un homenaje inesperado a dos protagonistas: Carolo como alma de la fiesta y Germán Castro Caycedo como reportero con buena letra.

Ancón, república independiente

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO

Fotografías de Horacio Gil Ochoa. Archivo fotográfico BPP

Todo será amor

Se cumplieron cincuenta años del legendario Festival de Ancón, realizado el 18, 19 y 20 de junio de 1971. Evento que sería anunciado así por *El Tiempo* en primera plana: “El Festival Hippie: reto a la tradición”. Título debajo del cual se resaltaría lo siguiente: “Desafiando a la sociedad más tradicionalista de Colombia, unos diez mil jóvenes iniciarán mañana viernes, poco después del mediodía, 72 horas de purificación continua, al compás del sonido de guitarras eléctricas y artefactos de percusión”.

Nota firmada por Germán Castro Caycedo, quien presenciaria la llegada de los primeros espectadores al despuntar el jueves 17 de junio de 1971: “En la madrugada, en el parque de Ancón, a unos dos mil metros de un santuario de la Virgen de Chiquinquirá, en el católico pueblo de La Estrella, los primeros doscientos hippies ocuparon el campo y esparcieron el aroma ácido de sus cigarrillos”.

Interín mariguanero que se extendería hasta las once a. m., cuando los hippies inauguraron la zona de purificación, “donde tomaron un prolongado baño, desnudos, mientras decenas de curiosos rodeaban el lugar”. Uno de los tantos curiosos era el fotógrafo Teddy

Martínez, quien inmortalizaría ese momento a través de una serie de imágenes, cuyo denominador común sería este pie de foto: “Quienes han sostenido que los hippies no se bañan, están equivocados, o por lo menos así lo demuestra este grupo, que toma un refrescante baño en las aguas del río Medellín”.

Luego del refrescante baño, comenzarían a levantar un campamento: “Los hippies tampoco son muy ajenos al trabajo. Tras purificarse, dos melenudos ayudaron a las brigadas de trabajadores que acondicionan el lugar”.

Así, acondicionando el lugar, “instalando tres decenas de carpas de colores”, los dejaría por esa jornada Germán Castro Caycedo, no sin antes anotar en su libreta un letrero evanescente, en mayúsculas sostenidas, expresando el deseo de los hippies con respecto al fin de semana: “Antes de atravesar el pequeño puente de hierro y madera colocado por las autoridades sobre el río Medellín, a la entrada del campo, los hippies grabaron con tiza tres palabras: Todo será amor”.

Letrero que contrastaba con otro también reciente, escrito en una pared vecina a la casa cural de La Estrella: “Siquiera se murieron los abuelos”. Contraste que llevaría a Germán Castro

Caycedo a titular el artículo como se dijo arriba y a sacar esta conclusión: “Las dos frases parecen resumir el violento choque de generaciones que ha partido en dos a la sociedad de Medellín: de una parte, los jóvenes que quieren liberarse de normas y costumbres de vida arraigadas en el hogar antioqueño, y de la otra, los padres que desaprueban enérgicamente el Festival”.

¿Qué pasó en la noche? Pasadas las ocho, después de que el arzobispo de Medellín, Tulio Botero Salazar, dejara en el aire esta pregunta: “¿Por qué, si nos hallamos en Estado de Sitio, en el que se prohíben las grandes aglomeraciones, se permitirá un evento de males sociales y morales incalculables?”, como si la respuesta natural fueran rayos y centellas, en el segundo junio más lluvioso en doce años, el letrero evanescente, “Todo será amor”, sería borrado del mapa por un fuerte aguacero, “que doblaba los árboles y unía las cuerdas de la electricidad”, arrasando las carpas de colores en Ancón y dejando a medio Medellín a oscuras.

El tercer estado

El Festival, según un artículo publicado por *El Tiempo* el 15 de junio

de 1971, bajo el título “En Medellín, Woodstock a la colombiana”, que incluía toda la logística, debía iniciarse a las diez a. m. Sin embargo, minutos antes de esa hora señalada se desataría “tremendo aguacero”, que haría “buscar refugio a los millares de hippies bajo los árboles y las toldas”, atrasando la apertura del evento. ¿Hasta qué hora? Los cronistas de la época registrarían por lo menos tres versiones distintas: hasta la 1:40 p. m. para Jaime González Restrepo y Germán Castro Caycedo. Hasta las dos p.m. para Henry Holguín, y treinta minutos más tarde para Fausto Panesso. Larga espera que sería teleleada así por Carlos Uribe, redactor de *El Colombiano*: “Los hippies muestran una ansiedad desbordada y parece que no vieran la hora de la inauguración del Festival”. Tal vez por esa ansiedad desbordada, “la venta y el consumo de barbitúricos fue la nota detonante del primer día”, como señalaría *El Caleño* el 19 de junio de 1971, en un artículo titulado “Marihuana, drogas y música en Ancón”. Tira y afloja entre padecimiento y cura sintética que llevaría a un hippie a treparse al escenario para tomarse los micrófonos y emitir esta frase, escupida “con voz lenta, alargando las palabras”: “Todos somos hermanos, todos somos iguales en la música, lo único que puede unir al mundo”. Frase que sería amplificadora por las dieciséis torres de altoparlantes distribuidas en el lugar y por *La voz de la música*, la única emisora que



transmitiría en vivo los tres días de Ancón, provocando una reacción en cadena: un largo grito colectivo y que los “hippies se congregaran por fin en torno al escenario”, donde serían recibidos por el maestro de ceremonia: “Siéntense todos. No importa que el piso esté mojado, nosotros estamos calientes por dentro y con la música nos calentaremos aún más”. Indicación que, prácticamente, era un trasunto semántico de uno de los lemas que encabezaba el afiche del Festival, esto es, “A 21 grados de energía pura”. Entonces todos tomarían asiento alrededor de esa temperatura primaveral mientras la misma “voz pastosa” lanzaba un nuevo aviso, esta vez como si fuera un controlador de tráfico aéreo hippie, dirigiéndose a LSD Airlines: “Maestros, los que tienen en el campo tiquetes de viajes cósmicos, mucho cuidado. Si alguien se siente mal, si alguien pone mucha carga en sus pasajes, aquí detrás del escenario estamos para ayudarlos”. ¿Qué había detrás de escenario? Tres carpas de la Cruz Roja, especialmente dotadas contra la intoxicación por alucinógenos y barbitúricos, ya que el consumo de alcohol estaba prohibido por los organizadores: “En las horas precedentes a la inauguración varias botellas fueron decomisadas por la guardia civil de melenudos y regadas por las praderas que bordean el río Medellín”.

Praderas que serían agitadas por la llegada de un helicóptero que transportaba al alcalde de Medellín, Álvaro Villegas Moreno, a su esposa y a Gloria Valencia de Castaño, enviada especial de RTI y de la HJCK. Los primeros dos, según un artículo publicado por *El Tiempo* un día después, el 19 de junio de 1971, bajo este título cacofónico: “Purificadora peregrinación al Ancón”, subirían al escenario “sobre la una y media de la tarde, cuando por fin salió el sol”. Momento luminoso que sería inmortalizado a contrapicado por Hernando Vásquez, fotógrafo de *El Colombiano*, y en primerísimo primer plano por una cámara de 35 milímetros de la MGM, que había trasladado a un equipo para filmar un documental a color, cuyo punto de partida serían estas

palabras del alcalde: “Qué bueno ver a tantos jóvenes reunidos pacíficamente. Me siento muy complacido de inaugurar oficialmente este festival”. Palabras que darían pie a titulares de primera plana como este: “El alcalde de Medellín abrió festival hippie”, debajo del cual sería registrada la reacción de los espectadores frente a ese hecho: “Los jóvenes rebeldes, muy emocionados, expresaron su amplia simpatía por el mandatario de 35 años de edad, que vestía un atuendo deportivo. Algunos manifestaron: El alcalde está con nosotros. Pero otros fueron más contundentes y dijeron: Es de los nuestros”. Pertenencia que sería confirmada al día siguiente por este titular insidioso de *El Colombiano*: “Álvaro Villegas, un alcalde hippie”.

Acto seguido, Gonzalo Caro Maya, alias Carolo, principal organizador del evento, a quien tildaban de “negociante disfrazado de hippie”, entraría en escena para agradecerle al alcalde: “Maestro, gracias por habernos permitido esto tan bello”. Y le entregaría una camiseta, no se sabe a ciencia cierta si estampada con la pipa de la paz o con este rótulo: “Ancón, estamos para servirles”, la misma que distinguía a la guardia civil de melenudos: “Con las cuales se quiere perpetuar la celebración del primer festival de música rock que se realiza en Latinoamérica, con la participación de 23 de los más prestigiosos conjuntos de música moderna y de protesta”. Veintitrés grupos que, como señalaría una tesis de historia titulada “De nadaístas a hippies”, en realidad eran “cinco que con diferentes atuendos y nombres improvisados se convirtieron en 23: Los Monstruos, Generación de Paz, Los Flippers, La Banda del Marciano, Stone Free, Fraternidad, La Gran Sociedad del Estado y otros singulares nombres aparecieron en escena interpretando temas que por lo general fueron inventados al instante”.

Y sería precisamente ese último grupo, La Gran Sociedad del Estado, el que abriría el evento, interpretando canciones “compuestas con base en temas bíblicos”, en una primera muestra

de muchas en esa línea que llevarían a *Cromos* a ponerle este epíteto al Festival de Ancón: “de música rock alternada con la lectura de la Biblia”. El percusionista de ese grupo inicial protagonizaría una de las imágenes de la jornada, al abandonar sus instrumentos durante la canción de despedida, inspirada en el *Evangelio de San Juan*, para pararse de cabeza, “haciendo con las piernas la V de la victoria”, mientras la mayoría de espectadores practicaban la posición de loto, “en actitud de meditación, a la usanza de los monjes de la India que cultivan el yoga”. Comunión entre rock y yoga que sería catalogada por Fausto Panesso, en un artículo titulado “Ancón, un extraño reino”, como un tercer estado, al que no podían penetrar ni los gritos de los vendedores ambulantes, “que se hacen oír a pesar del ruido: ‘chicles, besitos, mariguana’, permaneciendo ajenos a la escena”.

La otra imagen de la jornada tendría lugar a las ocho p. m., cuando “el proyecto inicial de continuar día y noche al son del rock no podía llevarse a cabo, pues la multitud era incontrollable”. Momento en que la confusión mayor se viviría en el puente: “Allí la revuelta fue total. Centenares de personas, unos que entraban y otros que salían, se empeñaban en cruzar al tiempo. En ese puente donde no caben más de diez personas de algún modo se acomodaron más de cien”. Las cuales no atenderían las instrucciones impartidas a través de los altoparlantes por el de la “voz pastosa”: “Frescos, maestros, que el puente se les cae”. Finalmente, tan solo se caería una baranda, y con ella “el cuerpo de un muchacho con barba se precipitó”, siendo salvado por los bomberos río abajo.

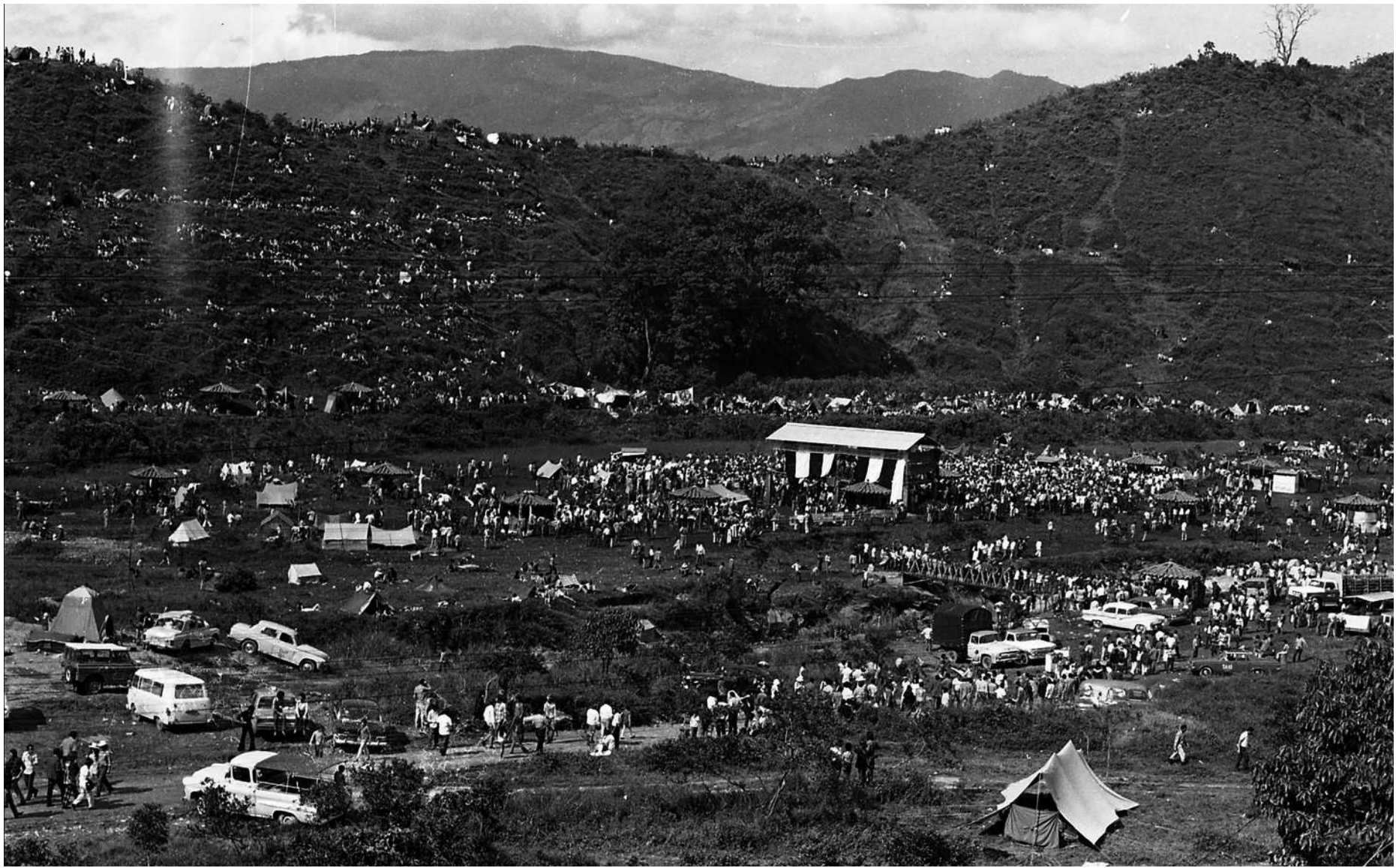
¿Por qué la multitud se tornó incontrollable? La respuesta la daría Carolo en un artículo publicado por *El Tiempo* el 20 de junio de 1971, bajo el título “La embarrada general en el festival hippie”: “Porque todos los borrachos que había en Medellín se vinieron al campo de Ancón pasadas las siete de la noche. Donde insultaron a las mujeres y agredieron de palabra a los hippies que

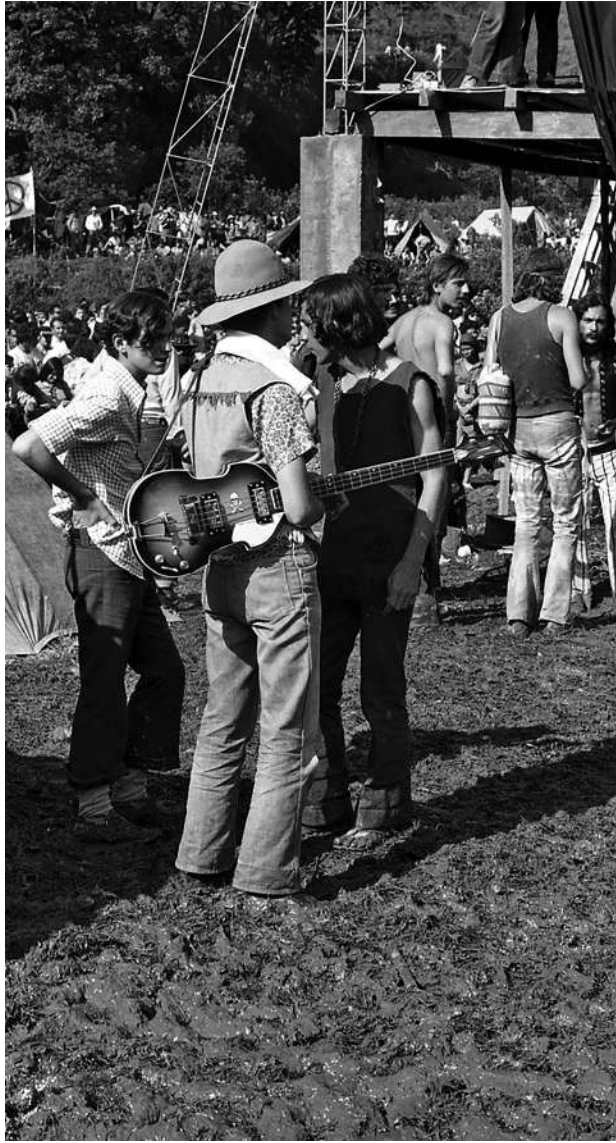
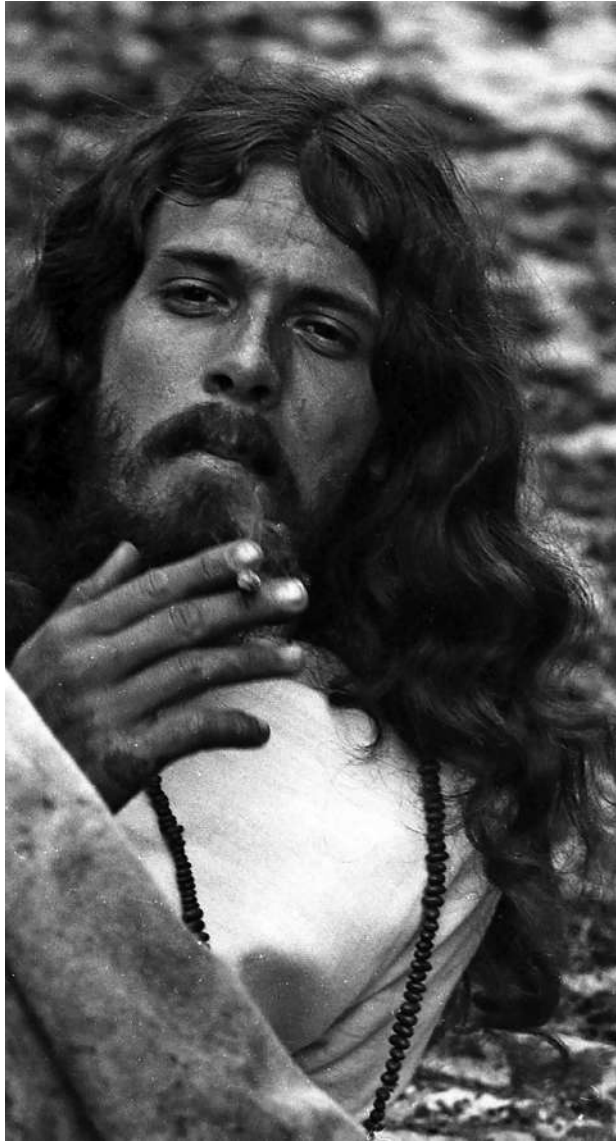
había en el lugar”. Borrachos a los que se les unirían en los atropellos “hampones y depravados que trataron de cometer toda clase de ilícitos”, dejando a su paso más de quince carpas asaltadas. Por eso, como quedaría consignado en un artículo titulado “Sed, hambre y pantano en el Festival de Ancón”, publicado en *El Colombiano* dos días después, “muchos hippies, pese a su indiferencia, decidieron abandonar el campamento y dormir en el centro de la ciudad: en quicios, parques y aceras”. Obligando a suspender, por seguridad y sustracción de materia, el último punto en el orden del día del Festival, esto es, las “fogatas del amor”.

El Pingüino Rojo

Las fallidas fogatas del amor hubieran sido estériles ante el aguacero que caería esa madrugada: “La noche ha sido dura, llena de lluvia y frío”, escribiría Fausto Panesso en una crónica titulada “Rock entre sol y lodo”, publicada por *El Tiempo* el 20 de junio de 1971. En la que agregaría que los hippies que habían pernoctado en Ancón, se habían dispersado en tres actividades paralelas durante la mañana del sábado: “Algunos van al río. Otros tocan flautas y los demás prenden sus cigarrillos de mariguana”. En esa misma página de aquel diario capitalino, la 24, German Castro Caycedo pondría la siguiente pieza del rompecabezas, al narrar su llegada al sitio de los hechos pasadas las doce, cuando el sol estaba en su cimero y el aroma de los cigarrillos de mariguana había sido apagado por el hedor de la tierra anegada: “Todas las instalaciones amanecieron inundadas de barro. El olor en las zonas de acceso era, bajo el sol del mediodía, insoportable por la evaporación”.

Pero si en Ancón ya había escampado y salido el sol, en *El Colombiano* no paraba de llover, como lo demostraba un artículo publicado ese día, bajo el título “Tremendo aguacero bañó anoche a los hippies”, en en el que seguían empantanando el Festival, al reproducir dos nuevos comunicados en contra





de este, uno firmado por los habitantes de La Estrella, en el que tildaban a los *hippies* de “seres casi anormales y completamente deshonestos”, y el otro rubricado por Adecopria, la Asociación de Colegios Privados de Antioquia, en el que describían el evento así: “No es otra cosa que una orgía de desenfreno donde se permiten toda clase de actos contra la moral y las buenas costumbres”. Doble publicidad negativa que, naturalmente, dispararía la asistencia esa segunda jornada, pasando de diez mil a más de veinte mil espectadores, desautomatizando frases milenarias: “Hoy todos los caminos conducen a Ancón”, apuntaría *El Caleño* citando a una *hippie* y lo ratificaría en retrospectiva *El Colombiano* dieciocho años después, en junio de 1989, en un artículo titulado de manera inductiva, de lo particular a lo general, esto es: “Ancón: de un viaje de ácido al escándalo público”, en el que le pondrían cuatro ruedas a aquella desautomatización impulsada por la doble publicidad negativa: “Los carros no cabían en las carreteras, pero no para oír rock, sino para presenciar las violaciones y las aberraciones que se anunciaban en los periódicos”.

Carros noveleros que, como si fueran los protagonistas de “La autopista del sur”, cuento de Cortázar que relata un embotellamiento eterno, serían desviados “varios kilómetros antes de llegar a Ancón”, bloqueando la llegada de los bomberos encargados de surtir de agua potable el Festival: “Más de siete mil personas, nos explica Ricardo Echeverri, coordinador del evento, tienen sed. Nos hace falta agua y los bomberos quedaron de traerla esta mañana”. Y también les hacía falta comida: “Desde hace dos días no como. No tengo plata. Nos lo dice un joven flaco, amarillento, que está como en un letargo reclinado al pie de su tolda. Una mano amiga le entrega tres tajadas de mortadela”. Hambre física a la que *El Siglo*, diario ultraconservador, le agregaría la otra mitad del sándwich dualista, la de ralea espiritual, en un artículo titulado “Todo se violó en el festival de hippies: triste episodio de Ancón”, publicado al día siguiente: “Hambre total. Hambre física y de espíritu. Los ocho mil participantes en el evento se olvidan de comer y sus cuerpos flacos, endebles y débiles, llenos de droga, deambulan como idiotas”. A continuación, un párrafo después, como si de *hippie* se derivara el vocablo zombi, el artículo se transformaría en la sinopsis de una película serie b: “Ninguna traza humana o reflejo normal se percibe en ellos. Su hambre era demostrada por el apetito voraz que les causaba la droga, una vez terminado el efecto. Al no hallar comida regresaban a su vicio y de esta manera, con hambre más voraz, iniciaban de nuevo otro viaje que les causaría serios destrozos ulteriores”.

¿Adónde buscaban la comida cuando les pasaba el efecto de las drogas y comenzaba a gobernarlos la cometrapo? En El Pingüino Rojo, único puesto de comidas que había en Ancón. ¿Qué vendían? “Carnes bien adobadas en cebolla, ajo y pimienta”, asadas por Leonel Gallego, un todero surrealista vestido con “un hermoso sacoleva rojo”, de cola abierta. Según su testimonio, que se recoge en el libro *El Festival de Ancón: un quiebre histórico*, promediando el sábado, tras un primer día de muy pocas ventas, El Pingüino Rojo por fin vería largas filas frente a sus brasas, “de cuerpos acerdados por el barro, de jóvenes anublados y sostenidos por el rock monótono”. ¿Con qué pagaban? Al no tener suficientes monedas para cubrir el precio de la carne, “nos ofrecían la diferencia en marihuana. Inaceptable, pues no fumábamos y tampoco ese era nuestro negocio”. Sin embargo, esa forma de pago seguiría creciendo, “y no tuvimos más solución

que aceptarla. Así llegó la noche y El Pingüino Rojo se convirtió en un puesto de caridad”. ¿Cuál era el precio de la mariguana? De acuerdo con un artículo titulado “El carnaval hippie”, publicado el 25 de junio de 1971 por *Sucesos Sensacionales*, los *hippies* la vendían a dos pesos, “en abierta competencia con los traficantes locales, que cobran tres y hasta cuatro pesos”, unos 3500 de hoy.

Plantas humanas

A las cinco p.m., punto sin retorno del Festival, mientras crecía la fila hacia El Pingüino Rojo, la Cruz Roja le entregaría a la prensa su primer balance médico: “14 casos de intoxicación por abuso de drogas, tres hospitalizados. 36 jóvenes tratados por infecciones severas en la piel y 15 por heridas de pequeña magnitud como consecuencia de caídas debidas al mal estado del terreno”. Además de doce “curiosos” rescatados de las aguas del río Medellín, quienes, “por entrar sin pagar, fueron arrastrados por la corriente”. ¿Cuánto costaba la entrada que preferían jugarse la vida antes que pagarla? \$13.20, aproximadamente doce mil de hoy. Las boletas eran de todos los colores, y encima del precio resaltaba esta advertencia: “No consuma nada más de lo que su mente le permita”.

Fiel a esa advertencia de entrada, la segunda jornada estaría marcada por el alto consumo de LSD y por un poema de Ricardo Waldman, “el poeta de Ancón”, que el maestro de ceremonia, el de la voz pastosa, leería de manera dispersa en el tiempo, de un verso antes de que cada grupo empezara a tocar, volviéndolo a leer completo cuando el último bajó del escenario: “Revolución mental / de melenas al viento / en un siglo veinte / con Fidel Castro / y una luna pisada. / La poesía se volvió revolución / en busca de Adán / con la filosofía de Cristo / en busca de flores / en una autopista”.

Después de ese poema sin nombre, fundacional, estaban programadas las fogatas del amor, pero nuevamente se verían interrumpidas por “el peligro que significa la avalancha de visitantes inescrupulosos”. Avalancha que, según Carolo, había sido impulsada por miembros de la Juco, la Juventud Comunista Colombiana, quienes “fueron a Guayaquil, consiguieron camiones y los llenaron de vagos, borrachos y prostitutas y los llevaron al Festival, con fotógrafos para tomar fotos y decir que aquello era una orgía y una depravación”. ¿Por qué intentaron guayaquilizar Ancón? Porque alrededor del LSD, “importado directamente de Estados Unidos”, se había tejido una leyenda urbana, esto es, que la CIA y Carolo, su agente secreto, lo habían introducido en grandes cantidades en el Festival, abaratándolo, “para que por sobredosis se acabara la revolución comunista y pornográfica del país”, siendo esa la razón de ser de Ancón.

Incomprobable razón de ser que arrastraría tras de sí un interrogante capital: ¿hubo muertos en el Festival de Ancón? Según Carolo, no rotundo: “Lo que pasó es que hubo gente que se alargó, que tuvo unos viajes tremendos y se pasaban y quedaban ahí por quince, veinte o treinta horas tirados en la grama, fundidos, llevados del viaje, pero luego despertaban y revivían”. Uno de esos renacidos, viajeros de LSD Airlines, se enterraría en el barro hasta la cintura, como si quisiera encontrar a su doble al otro lado del mundo, y despertaría al día siguiente, domingo, con principios de hipotermia, cuando la guardia civil de melenudos esparcía aserrín para secar el lodo. Imagen que sería extrapolada por *Sucesos Sensacionales* para calificar a la totalidad de asistentes al Festival, estimada por ese semanario en trescientos mil, como “plantas humanas”.



El otro renacido paradigmático tenía nombre propio, Manuel Quinto, seudónimo del cronista Manuel Vicente Peña, quien, en medio de un viaje de LSD, que había empezado no bien inauguraron el evento, haría una escala técnica en la que “se aplicó una triple dosis de cacao sabanero, suficiente para matar a dieciséis caballos”. ¿Qué le pasó con semejante dosis? La respuesta se encuentra en un artículo de Rodrigo Maya, titulado con un juego *in crescendo* de homófonos, “De sima a cima”, y es esta: Manuel Quinto se desplomaría en medio del lodo, “en la mitad de la explanada”. En la tercera y última ronda de ese primer día, un paramédico de la Cruz Roja tropezaría con su cuerpo, tieso, acaso en *rigor mortis*, con los ojos abiertos como platos, las pupilas insufladas de anti-materia, entonces lo auscultaría, frío, sin pulso, lo intentaría reanimar varias veces, pero nada qué hacer: “Le cerró los ojos, le cruzó las manos sobre el pecho, le estiró las piernas y escribió en su libreta: Muerto por sobredosis de burundanga”. Sin embargo, dos días después, en la noche del 20 de junio, “Manuel Quinto seguía muerto en la explanada. El lodo ya reseco, la basura y la hierba lo amortajaban. Los diez mil vatios de potencia de las bandas habían cesado. El silencio era sepulcral”. El último grupo había tocado impulsado por anfetaminas durante una, dos, tres, cuatro, cinco horas. Maratón que daría origen a aquel relato de ciencia ficción sobre un trío de rock progresivo que descubre una droga que le permite transgredir el segundo principio de termodinámica, convirtiéndolo en un objeto imposible, en una cajita de música de movimiento perpetuo, a la que había que darle cuerda una sola vez en la eternidad. Eternidad a la que penetraría Carolo junto a Jaime Espinel, alias Barquillo, el escritor nadaísta, quien atestiguaría la escena final de los renacidos en Ancón: “Con su mirada fija y voz ronca y seca, le dice Carolo a Manuel Quinto: Levántese, hermano, que esta maricada se acabó. Y Manuel Quinto se levantó, se sacudió la cascara de lodo reseco que lo cubría y pidió un aguardiente”.

Manuel Quinto, por lo tanto, se lo había perdido todo, aunque en su tintineante chaleco de flecos había una *memorabilia* colectiva. Allí, como si fueran flores en la tumba, los *hippies* le habían puesto distintos botones que canjeaban

en el Festival, “con inquietantes frases en cada uno”: “Freud, Nietzsche y Marcuse me encarretan”, “Don Quijote es un hippie cincuentón”, “Mi gurú es Ho Chi Minh”, “Serrat y los Parra: mis poetas”, etc., etc., pero solo un botón se repetía, inspirando el título y el concepto de este artículo: “Ancón y Marquetalia, repúblicas independientes”.

Posdata 1: Al día siguiente, ante los deseos de los *hippies* de quedarse para siempre en Ancón, “fundaremos una comuna”, el director regional del DAS, Óscar Alonso Villegas, les daría 48 horas para abandonar el departamento: “Los jóvenes se han estado desplazando del parque al centro, causando traumatismos de todo tipo, entre ellos un agudo problema de salubridad pública al elevar en un mil por ciento la mendicidad. Y lo grave es que, de buenas a primeras, Medellín se convirtió en el primer centro de consumo de marihuana. Se les ve en los mostradores del comercio, en los parques y en las calles fumando cannabis, provocando un verdadero escándalo social”.

Posdata 2: Además de ese ultimátum del DAS, los periódicos del día después reproducirían esta pregunta recurrente: “¿Para qué sirvió el Festival de Ancón?”. Esto respondería Carlos Machado, redactor de *El Siglo*: “Seguramente para llenar de maniáticos los frenocomios. Para atestar hospitales de hombres y mujeres infectadas de sífilis y tuberculosis. Para dejar una estela de hijos idiotas, anormales física y mentalmente. Para, en fin, romper el desarrollo de un país que empieza a marchar y quiere superarse”. Pero también serviría para determinar la destitución del alcalde de Medellín, Álvaro Villegas Moreno, y para sembrar varias leyendas urbanas, la más distópica esta, publicada por *La Prensa* el 21 de junio de 1996, en un artículo titulado “Rock made in Colombia”: “Cuenta la leyenda que Pablo Escobar, siendo aún un hampon común y corriente, estuvo en Ancón robando morrales a los hippies y que cuando vio tanta gente reunida fumando bareta, tuvo la visión que lo llevaría años más tarde a convertirse en el más grande traficante de drogas que la humanidad tenga conocimiento”.

Posdata 3: Como Manuel Quinto se lo había perdido todo, “quiso hacer un libro que recordara los diez años de Ancón y le pidió a Carolo que le prestara las fotos del Festival”. El segundo se las llevaría al primero a su apartamento en



Bogotá. “Esa noche celebraron el encuentro como Dios manda”. Manuel le diría a Carolo que se fuera al filo de la medianoche. Acaso previendo lo que iba a pasar: “En la madrugada, el apartamento de Manuel Quinto se incendió completamente, con las mejores fotos de Ancón y su dueño adentro”. ¿Qué pasó con ambos? Esta es la respuesta del referido Rodrigo Maya: “El informe de los bomberos de turno dice que solo estaba intacto el cuerpo de Manuel Quinto, a quien encontraron en su cama, dormido de alcohol, marihuana y perico, con una foto de Carolo sobre el pecho. Todo estaba en cenizas en el cuarto, menos Manuel Quinto, a quien tuvieron que despertar los bomberos. ‘Es un milagro’, concluyeron en su informe”. Finalmente, Manuel Quinto pasaría a mejor vida el 4 de junio de 2001, quince días antes de que se cumplieran los treinta años de Ancón, “debido a una afección pulmonar que le produjo un paro cardíaco”. Ya en la eternidad, a raíz de la publicación de un libro póstumo, en un artículo de *Semana* que circularía en octubre de 2002, bajo el título “Morir para contarlo”, se harían esta pregunta: “¿Cómo es posible que, tras llevar más de un año muerto, Manuel Vicente Peña siga dando tanto de qué hablar y siendo tan polémico como lo fue en vida?”. Interrogante que despejarían al trazar su enigmático perfil, atravesado, obviamente, por Ancón. 



Encuentra las siete diferencias

por JUANGUI ROMERO

Las musas también tienen sus sicarios. Inspiración temeraria que le sopla al oído a alguien cómo dispararle de frente a la idea de otro. Hablamos del plagio descarado, no de los guiños, las influencias o los homenajes; esos eufemismos que sirven para aderezar las sospechas dentro de los mundillos del arte, la música o la literatura, pero que no aplican cuando los productos son mucho más terrenales. No nos referimos siquiera a unos tenis o a una maleta cuyas costuras o remates aprendimos a valorar a partir de la marcadísima diferencia de precios entre el original y la réplica, por más que esta sea triple A. Se trata de productos que valen más o menos lo mismo y cuyo uso no compromete para nada el estatus de quien los adquiere.

El mérito de esta suerte de parodistas (no puede uno imaginárselos más que riéndose mientras hacían sus diseños) es que ya sabían cómo operaban nuestros cerebros antes de que Discovery buscara expertos en sicología experimental o ciencias cognitivas para explicarlo, porque estas engañosas imágenes datan de los años sesenta. A pesar de lo que muchos creen, por aquí también había vida antes de la internet, y estos otros fragmentos de nuestro rebusque paisa son una prueba de ello. ¿Cuánto nos dicen de nuestra identidad? Como siempre, eso depende de su historia, amigo lector; de cuánto le atraigan o le repugnen esos errores intencionales, de cuántas capas sea usted capaz de ver en medio del atractivo irresistible que los reviste. Ellos hacen parte de nuestro patrimonio documental, custodiado en el Archivo Histórico de Medellín en forma de unas carpetas, repletas de recortes, que llevan por título Amparos administrativos. A un lado, se ve la imagen original; al otro, la copia. Ese mundo paralelo que habitamos a diario.



La de la gran cocina: Juicio de amparo administrativo instaurado en 1967 por el representante de La Gran Cocina contra La Gran Corona. El expediente anexa los ejemplares de las marcas registradas de La Gran Cocina y el uso indebido de esta que derivó en La Gran Corona, La Gran Vecina, El Gran Campeón, La Gran Cocinera, Aliños El Tesoro. Archivo Histórico de Medellín, fondo Alcaldía, sección Secretaría de Gobierno, caja 541, legajo 3, folios 70r-117v



La del blanqueador: Juicio sobre amparo administrativo impuesto en 1965 y 1969 por el representante de Blanqueador Indio por el uso indebido de su marca registrada. Archivo Histórico de Medellín, fondo Alcaldía, sección Secretaría de Gobierno, caja 817, legajo 1, folios 37r-43v



Escobas La Negra. Juicio sobre amparo administrativo instaurado en 1968 por el uso indebido de la marca La Negra. Un registro empleado para distinguir escobas de barrer, limpiadores de alfombras, plumeros, cepillos, trapos y badanas para limpiar pisos, muebles, etc. Archivo Histórico de Medellín, fondo Alcaldía, sección Secretaría de Gobierno, caja 541, legajo 6, folios 127-137

El proyecto de energía solar que puso como ejemplo a Casa Kolacho



Foto: cortesía Casa Kolacho

Con el liderazgo de EPM, EIA y Erco, el colectivo cultural Casa Kolacho implementó el primer piloto de energía transactiva de América Latina. Así surgió el proyecto que les permite compartir energía.

La comuna 13 de Medellín es arte, memoria, resistencia y cuna de cracks como Juan Fernando Quintero. También, desde hace un año es una de las sedes de un piloto de energía peer to peer —o entre pares— con paneles solares que se implementó en uno de los referentes culturales de la zona: Casa Kolacho. La chispa que propició ese proyecto —cuenta

“Nosotros hablamos desde hace años de resistencia a la violencia y transformación social. Transformar es apostarle también al cuidado del medio ambiente y un buen ejemplo es la energía solar. El proyecto llegó en un momento justo porque ya estábamos en plena cuarentena, en un momento que no había ingresos para la casa y el proyecto fue un alivio económico que nos liberó de uno de los principales gastos”, cuenta Ciro.

El proyecto incluyó la instalación, desde julio de 2020, de 18 paneles solares en el techo de la casa cultural que los tienen generando más energía de la que consumen. Pasaron de pagar un promedio de 360 mil pesos mensuales solo en energía a facturas que cancelan con apenas algunas monedas.

Abecé del proyecto Carlos Enrique Vélez Restrepo, líder del proyecto en EPM, explica que este piloto de energía transactiva surgió en 2019 fruto del diálogo con la academia y la empresa privada. Los mentores fueron EPM, Erco Energía, Universidad EIA y contaron con el apoyo del Newton Fund y University College London.

Luego de diseñarlo se instalaron paneles solares en Casa Kolacho y en otras seis lugares en el Valle de Aburrá para que generaran energía solar y formaran una micro red en la que compartan la energía que cada uno genera con otras cinco viviendas conectadas, pero que no tienen paneles solares instalados.

“La energía transactiva es una tendencia mundial y no es otra cosa que compartir energía entre viviendas. Quisimos implementarlo con la sociedad civil y en diferentes estratos lo que lo hacía mucho más interesante y logramos conectar a Kolacho en la comuna 13, pero también viviendas en Bello, Sabaneta y el alto de Las Palmas. Es un proyecto muy importante porque es pionero y logra la descarbonización, descentralización y digitalización de las fuentes de energía”, dijo el funcionario.

Para Ciro, el balance en este año del proyecto ha sido muy positivo. En parte por el ahorro, pero también por el interés que ha despertado en la comunidad generar energía con esa tecnología.

“Ha beneficiado al parche en términos económicos porque esta es una casa que está habitada de lunes a lunes, somos 22 artistas y todos con su celular, computador o tablet. Tenemos estudio de producción audiovisual y musical y eso consume mucha energía. Pero más allá de eso creemos que hay beneficios ambientales y sociales, y la intención a fondo del proyecto es que en algún momento podamos vender energía a los vecinos porque hoy estamos generando más de lo que gastamos”.

Bondades de la energía solar Para Santiago Ortega, investigador del grupo Enegeia de la Universidad EIA y quien también participó en el proyecto, el tema de la energía solar es una tendencia que cada vez tiene menos misterios y más bondades por los beneficios económicos y con el medio ambiente:

“Un proyecto de energía solar hoy en día no tiene ciencia. Cualquier persona en cualquier parte puede montar paneles solares y tiene beneficios muy claros en términos de ahorro en la factura y en sostenibilidad. Hoy la energía solar para cualquier usuario es más barata que la energía de la red y hay fuentes de financiamiento y un protocolo muy claro al respecto”, explica.

El proyecto de energía transactiva del que hace parte Casa Kolacho, explica Ortega, va un paso más allá porque implica una red con usuarios interconectados: “Lo valioso de la energía transactiva es que se generan características en la energía que antes no tenía. Este es un piloto, pero podría implementarse una especie de certificado de origen y que uno sepa a quién le compra o le vende la energía y ahí es importante el atributo de energía renovable o con causa social”, cuenta el académico.

Una encuesta realizada por EPM y la Universidad EIA, entre 1101 usuarios de servicios públicos de todos los estratos, arrojó que la gran mayoría estarían dispuestos a pagar hasta un 20% más por energía completamente renovable o un 18% más por energías que tengan detrás una causa social o que sean generadas por cooperativas. Muestra que la energía peer to peer (p2p) es una tendencia mundial que podría masificarse y que tiene como uno de los referentes actuales a una casa cultural en la comuna 13.

Caído del zarzo, el primer libro del fondo editorial Universo Centro

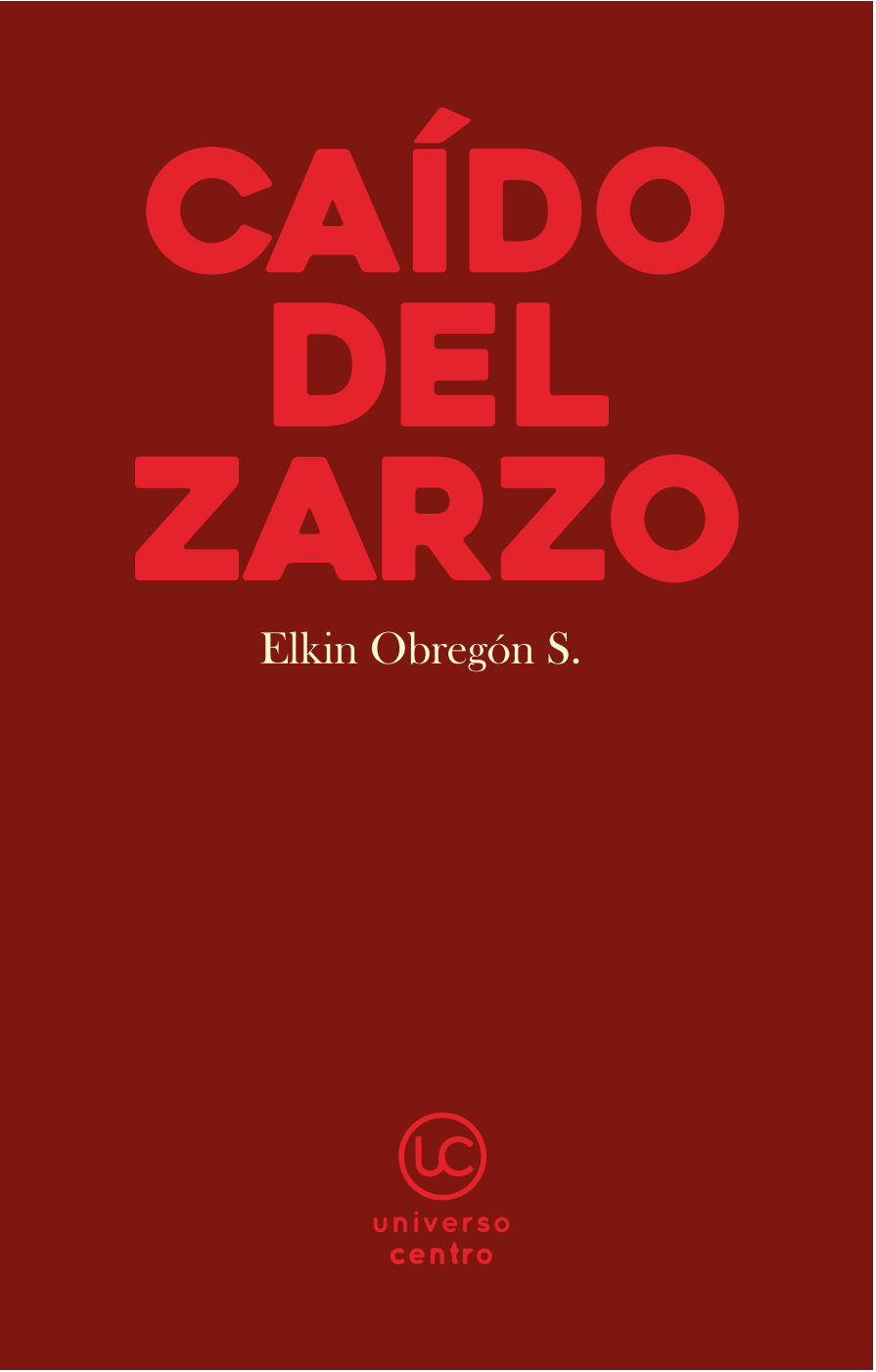


(1940 - 2021)

Durante diez años, Elkin Obregón derramó su ingenio en las **99 columnas** que publicó en Universo Centro. Hoy, y gracias a los lectores UC, *Caído del Zarzo* es el primer libro de nuestro Fondo Editorial y un homenaje póstumo a Elkin.

Suscríbete como Lector Devoto y recibe el libro o cómpralo en tienda.universocentro.com

Esta publicación se hace con el apoyo de 



La Constitución de 1991 tiene un pecado venial e inevitable. Un quiebre como toca. Es hija del Estado de Sitio que amparó el autoritarismo y el abuso durante buena parte del siglo XX. Esa fue su ruta. El retrato de un país joven activo y un país viejo flexible. Un detrás de cámaras a puerta cerrada. Porque no todo pasa en las calles.

VOTOFINISH

por SANTIAGO PARDO • Ilustración de Sara Rodas Correa

La historia de la Constitución de 1991 tiene muchos padres y no tantas madres como debería. El origen de su creación tiene relatos que se multiplican y se expanden como raíces en un árbol. Por eso ahora que se conmemoran treinta años de ese esfuerzo colectivo por la razón es importante recordar una de esas genealogías no muy conocidas de nuestra Constitución. Una que no se construyó en los luminosos salones del Centro de Convenciones Gonzalo Jiménez de Quesada, donde los constituyentes deliberaron, acodaron y pensaron un nuevo país. Tampoco un relato épico que se fraguó en las aterciopeladas salas del Palacio de Nariño. Este cuento constitucional se cocinó entre expedientes judiciales, cinta de tinta para máquina de escribir, sellos con la forma del escudo patrio y en los corredores de la sede del Banco de Crédito, ubicado en la carrera 7 con calle 27 en Bogotá, donde estaba un Palacio de Justicia improvisado porque la memoria del original había sido borrada por el fuego de un holocausto cuatro años antes.

Pero para entender esta historia hay que empezar en 1984, una fecha arbitraria y un número que parece más una combinación de chance. El primero de mayo de ese año, Día Internacional del Trabajo, el gobierno del expresidente Belisario Betancur expidió el Decreto 1038, en el que justificaba, en el lenguaje solemne de un notario, la decisión firmada: “En diversos lugares del país han venido operando reiteradamente grupos armados que han atentado contra el régimen constitucional, mediante lamentables hechos de perturbación del orden público y suscitando ostensible alarma en los habitantes”. Con esa frase sacada del diccionario de un burócrata, el presidente Betancur y su gabinete declararon el Estado de Sitio en todo el territorio nacional, una reliquia de la Constitución conservadora y autoritaria de 1886 que gobernó al país por más de cien años.

El Estado de Sitio, una de las expresiones más violentas de ese sistema político construido en las cenizas de la Guerra de los Mil Días, fue un instrumento que con obsesión religiosa y oportunismo criminal usaron todos los gobiernos para avalar sus deseos más autoritarios. Con la voluntad y una firma, el presidente podía, por ejemplo, ordenar que a los civiles se les hicieran juicios verbales de guerra, como en efecto se hizo con el infame Estatuto de Seguridad del gobierno de Turbay Ayala. A finales de los setenta la Corte Suprema asumió un control formal sobre el decreto: casi que revisar firmas de presidente y ministros y sale. No es exagerado decir que Colombia durante casi todo el siglo XX fue un país acorralado por el miedo. Rodrigo Uprimny y Mauricio García Villegas, en un meticuloso estudio de 2005, se aventuraron a la tarea del buen relojero y contaron los años en los que el país vivió en Estado de Sitio y llegaron a una pavorosa conclusión: entre 1949 y 1991 estas fronteras vivieron más de treinta años “excepcionales”.

¿Cómo se conecta esta historia de miseria constitucional con la Constitución de 1991? El Estado de Sitio tenía otra característica problemática, podía ser declarado de forma indefinida. Pasaban años enteros, y gobiernos de cuatrienio, sin que la emergencia se levantara. Por eso, cuando el gobierno de Virgilio Barco llegó al poder en 1986 el Decreto de 1984 estaba en pleno vigor. Barco, a quien su biógrafo, el historiador inglés Malcolm Deas, describió como un político realista, encontró un país despedazado que con el surgimiento del movimiento de la Séptima Papeleta imploraba por un cambio constitucional democrático; pero había un obstáculo difícil de sortear. La Constitución de 1886, fiel a su naturaleza conservadora, tenía un sistema cerrado en el que cualquier reforma solo se podía hacer desde el Congreso.

Los acontecimientos superaron al derecho escrito y era claro que la salida no podía pasar por la vía tradicional del Congreso. El 11 de marzo de 1990, aprovechando las elecciones locales y de Congreso, millones de colombianos depositaron una papeleta para convocar una asamblea constituyente que representara a todos para cambiar la vetusta Constitución de 1886. Nadie realmente contó los votos. Jaime Serrano Rueda, el registrador de la época, en un acto de equilibrio legalista, dijo que no existía una ley que le permitiera contar las papeletas pero que en todo caso si alguien la depositaba en una urna ese acto por sí mismo no iba a anular ninguna elección. Ante la incertidumbre de que seguía, el Estado de Sitio se convirtió en la puerta de entrada al cambio.

El 3 de mayo de 1990, usando las competencias constitucionales del viejo Decreto de 1984, el presidente Barco expidió el Decreto 927 con el que se permitió que para las elecciones presidenciales del 27 de mayo siguiente se votara por la opción de un cambio constitucional y se contara, ahora sí de manera oficial y con la refrendación del poder del Estado, una papeleta para convocar, por fuera de las reglas de la propia Constitución vigente, una Asamblea Constitucional con “representación de fuerzas sociales, políticas y regionales de la Nación, integrada democrática y popularmente para reformar la Constitución Política de Colombia”. En otras palabras, el Estado de Sitio se convirtió en la llave que abrió la bóveda para la reforma constitucional en el país.

Según contó la revista *Semana* en su momento, casi cinco millones de colombianos votaron a favor de la convocatoria de una asamblea destinada a cambiar la Constitución y, de paso, la historia del país. Con ese impulso, los últimos meses del gobierno Barco se destinaron a construir un delicado acuerdo entre diferentes sectores políticos para acordar las reglas básicas de esa asamblea y el número de delegados que serían elegidos. El 3 de agosto de 1990, cuatro días antes su posesión como nuevo presidente, César Gaviria Trujillo anunció lo que el periódico *El Tiempo* llamó un “histórico acuerdo para la asamblea constitucional”. Era un documento detallado de más de cuarenta puntos que terminaba con las firmas del presidente electo —quien también representaba al Partido Liberal—, de Rodrigo Marín Bernal —en representación del Movimiento de Salvación Nacional—, de Álvaro Villegas Moreno —por el Partido Nacional Socialconservador— y de Antonio Navarro Wolff —representante del Movimiento Alianza Democrática M-19—. También, fiel a nuestra tradición santanderista aferrada a la letra menuda de la ley, el político liberal Julio César Sánchez García firmó como testigo de los acontecimientos —un lagarto histórico, podría decirse—, como si acaso la gente no creyera en lo acordado.

Con el acuerdo en la mano, y ya instalado en la presidencia, César Gaviria no perdió el tiempo y el 24 de agosto sacó el Decreto 1926, usando las facultades del Estado de Sitio de 1984, y convocó para el 9 de diciembre siguiente a la elección de los delegados de la Asamblea Nacional Constituyente. Y acá es cuando la historia da un giro copernicano y llega al improvisado Palacio de Justicia de Bogotá. Desde 1979 una reforma constitucional había ordenado que todos los decretos de Estado de Sitio fueran revisados por la Corte Suprema de Justicia, de modo que la convocatoria a la constituyente de Gaviria no era definitiva, tenía que ser refrendada por los 26 magistrados que en ese momento conformaban el Tribunal.

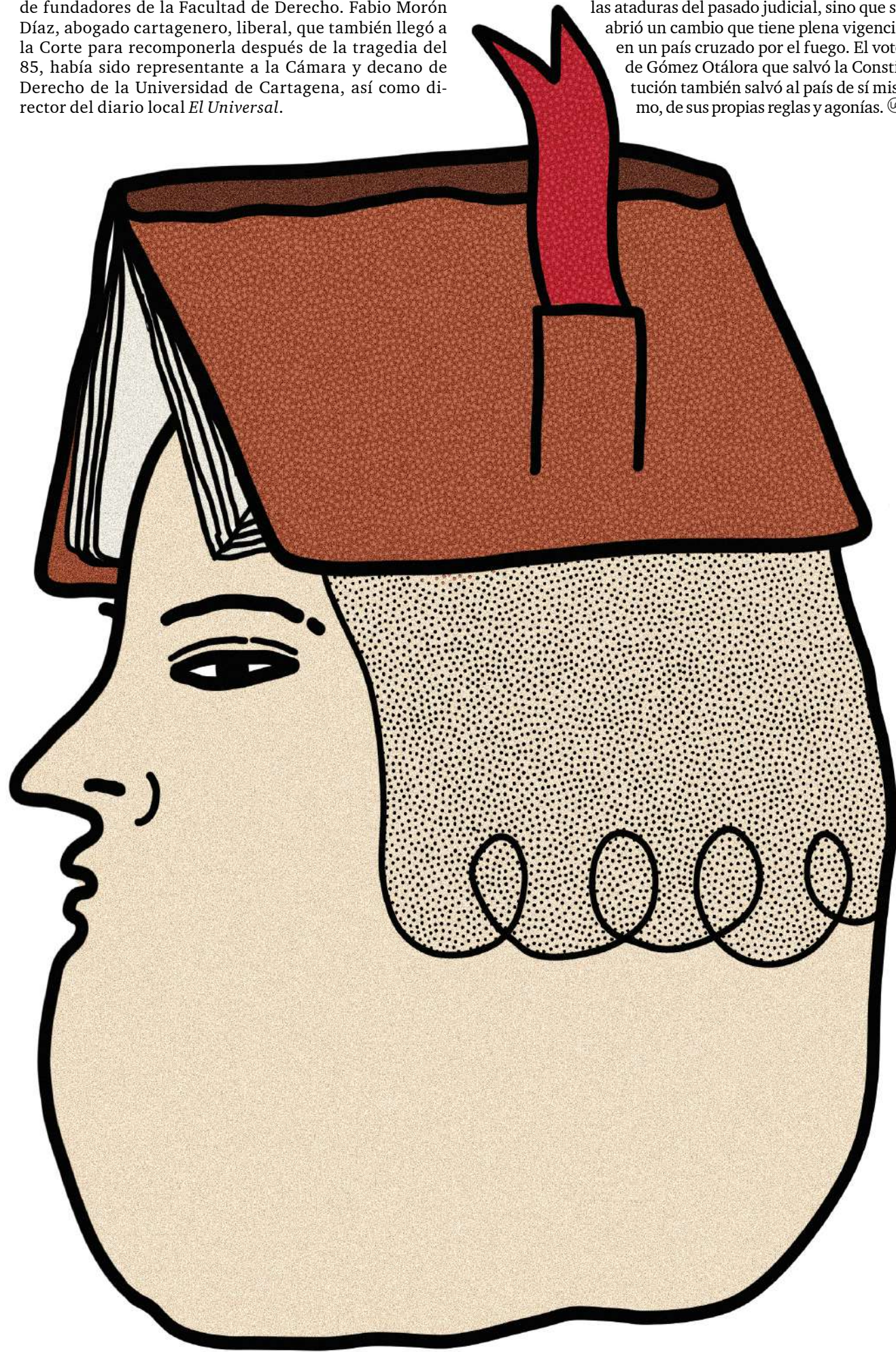
El debate en la Corte fue todo menos tranquilo. Como era la costumbre, la Sala Constitucional —integrada en ese momento por seis magistrados— debía preparar un proyecto para que el pleno lo discutiera. En principio los jueces encargados del proyecto presentaron una sentencia que buscaba declarar la inconstitucionalidad de la convocatoria realizada por Gaviria con el argumento, ya

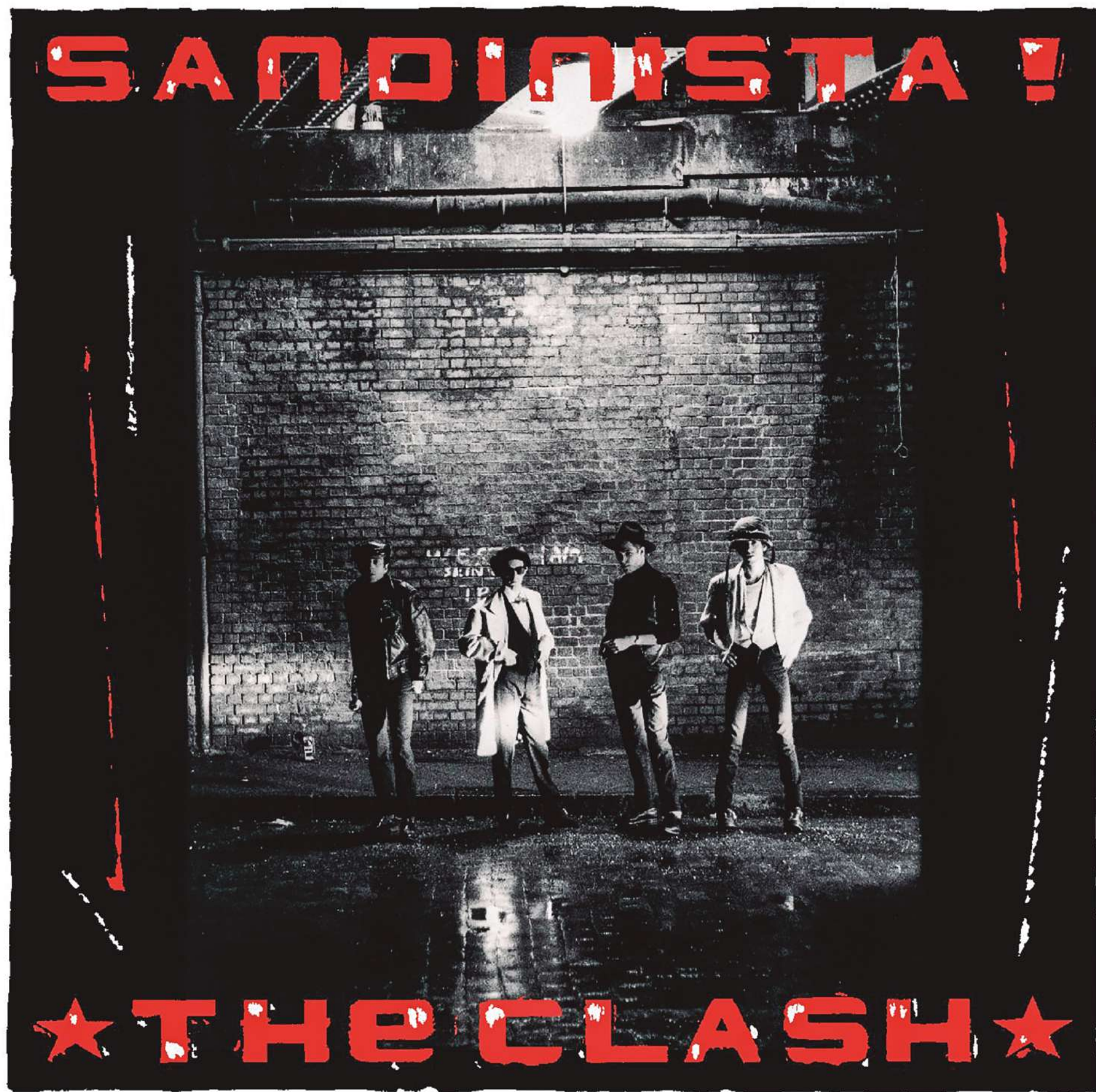
reiterado por el propio Tribunal en otros casos, de que la Constitución de 1886 contempló que solo el Congreso podía cambiar la Constitución. La posición inicial pasó por un reñido debate que terminó con un empate a trece entre los magistrados que apoyaron la posición original y los que consideraron que el decreto de Gaviria era constitucional. Si el empate persistía, la Corte debía, bajo sus propias reglas, sortear a un conjuer para que decidiera todo lo que se jugaba Colombia. La suerte constitucional del país quedaría entonces en manos del azar de una moneda. Para evitar eso, el 11 de octubre de 1990 el presidente de la Corte, el magistrado Jorge Carreño Luengas, decidió conformar una comisión con otros cuatro magistrados: el vicepresidente Pedro Lafont Pianeta, Alberto Ospina Botero de la Sala Civil, y Fabio Morón Díaz y Hernando Gómez Otálora, de la Sala Constitucional. La presencia de estos dos últimos jueces no era fortuita. Gómez era parte del grupo de magistrados que creían en la inconstitucionalidad mientras que Morón fue el único disidente de su sala y se unió a la mayoría de los magistrados que apoyaban las elecciones constituyentes.

Los magistrados Gómez Otálora y Morón Díaz habían recorrido caminos tan diferentes en la vida que en muchos puntos se encontraron. El primero fue un abogado tunjano y conservador con un largo recorrido público. Llegó a la Corte después del holocausto del Palacio de Justicia tras haber sido ministro de Hacienda, representante a la Cámara por Boyacá y rector de la Universidad de los Andes, donde fue parte del grupo de fundadores de la Facultad de Derecho. Fabio Morón Díaz, abogado cartagenero, liberal, que también llegó a la Corte para recomponerla después de la tragedia del 85, había sido representante a la Cámara y decano de Derecho de la Universidad de Cartagena, así como director del diario local *El Universal*.

Después de una jornada maratónica, el 12 de octubre a las 3:30 p. m., como lo contó *El Tiempo*, la comisión llegó con una propuesta apoyada por todos sus miembros, incluidos los dos magistrados de la Sala Constitucional. Esa tarde Gómez Otálora tomó la palabra de primero y explicó que la crisis del país solo se podía atender si se respetaban los evidentes anhelos de la gente por una reforma constitucional profunda. Con la sincronía de un equipo olímpico de revelos, Morón Díaz continuó con la exposición y aseguró que era obligación de los jueces reconocer que las actuales instituciones resultaban inadecuadas para resolver la ruptura que vivía Colombia. Esto cambió el empate, y dentro de la Corte se logró conseguir una mayoría de catorce votos, contra doce, que avaló el decreto de convocatoria a la elección de la asamblea en diciembre de ese año y despejó el camino para la primera Constitución democrática del país. En un resumen de los acontecimientos, al día siguiente *El Tiempo* explicó que los magistrados que salvaron a la Constituyente de lo que era un seguro naufragio plantearon en el debate que “había llegado la hora en que la Corte debía romper las ataduras de su jurisprudencia”. El entusiasmo por el fallo llegó a tal extremo que en su edición del 20 de octubre siguiente, en las páginas centrales del periódico, *El Tiempo* publicó el fallo completo que terminó siendo redactado por dos mundos aparte: el de un conservador del interior del país y un liberal de la costa Caribe.

Gracias al voto de un juez que tuvo el coraje de cambiar de opinión, en el país no solo se rompieron las ataduras del pasado judicial, sino que se abrió un cambio que tiene plena vigencia en un país cruzado por el fuego. El voto de Gómez Otálora que salvó la Constitución también salvó al país de sí mismo, de sus propias reglas y agonías. ©





por PEDRO VILLA ET AL.

El 19 de julio de 1979 se cantó en las calles de Managua el himno sandinista que celebraba la caída del dictador Anastasio Somoza. De ahí en adelante las fiestas patrias lo han llamado “el día de la alegría”. Somoza había salido dos días antes en su avión rumbo a Miami acompañado de algunos ministros y su familia. Ya nadie quería al tercero en la línea de sucesión de esa familia que regentó a Nicaragua durante cuatro décadas del siglo XX. Ni el gobierno de Jimmy Carter ni los empresarios ni los intelectuales ni la prensa se tragaban al dictador y para la gran mayoría de los nicaragüenses ese julio significó un triunfo colectivo. El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSNL) había logrado en seis años de guerra dura sacar a los Somoza para siempre.

Augusto C. Sandino fue el inspirador de la guerrilla que veinte años después del ejemplo cubano seguía el rumbo de Fidel Castro y sus hombres. Sandino era la estampa a seguir. Líder de la lucha nacionalista contra la ocupación de los gringos en los años treinta, asesinado por orden de Anastasio Somoza García —padre del Anastasio Somoza Debayle, el viajero a Miami— el 21 de febrero de 1934 en una traición que se concretó en la cárcel de El Homicidio en las afueras de Managua. Sandino había ido al palacio presidencial para exigir que se cumplieran las condiciones del acuerdo para la entrega de las armas de la guerrilla. Hombres de la Guardia Nacional encargados de custodiarlo lo fusilaron junto con sus dos generales. Dos años después, siendo presidente, Somoza diría que solo

obedeció las órdenes de Arthur Bliss Lane, el entonces embajador estadounidense en Managua.

Pero volvamos al himno sandinista. Una de las estrofas, que todavía debe cantar Daniel Ortega, quien ya lleva más tiempo en el poder que Anastasio, dice: “Los hijos de Sandino / ni se venden ni se rinden / luchamos contra el yankee / enemigo de la humanidad”. La revolución sandinista es una de las tres que han triunfado con sus armas en América Latina. En 1980 era una gesta admirable, aplaudida casi unánimemente en la región y vista como un golpe que le daba lecciones al imperialismo que buscaba seguir moviendo ficha desde la CIA y el Pentágono. El sandinismo era una marca apetecida, las cifras oficiales decían que en dos años había bajado el analfabetismo del

cincuenta al trece por ciento y las vallas rojinegras anunciaban la erradicación de la polio.

El 12 de diciembre de 1980, cuando se cantaban los logros de la incipiente revolución impulsada por el FSLN, se comenzó a vender en Londres y Nueva York el cuarto álbum de la legendaria banda punk inglesa The Clash. *Sandinista!* fue una sorpresa para todo el mundo. Desde el disco anterior, *London Calling*, la CBS tenía un combate con sus cuatro chicos rudos. The Clash quería que todo fuera un poco por debajo de cuerda y de precio. De modo que para el nuevo álbum engañaron a la disquera y antes de entregar la producción completa le anunciaron que era un álbum triple

—¡tres discos y 36 canciones!— y que debería venderse como un álbum doble. Se arreglaron a la brava. Nunca se olvidará que el grupo cedió sus derechos de regalías con CBS para asegurar un lanzamiento de lleve tres y pague dos. Buen gesto al bolsillo de los fanáticos y una manera de reafirmar la famosa frase que repetía The Clash como enseñanza y telón de fondo para sus conciertos: THE CLASH NOT FOR SALE. La CBS encontró la manera de cobrar la cuenta. Según Strummer, decidieron editar el disco pero no promocionarlo: “Es el estilo de la gente que controla nuestras vidas”.

La sorpresa de los fanáticos, ese rebaño de jóvenes punks que se venía formando de la mano de sus primeros discos, no llegó tanto por los fondos insuficientes como por las formas variadas, lejanas algunas veces, nuevas para los oídos punks casi siempre y llenas de referencias e impulsos de otras calles y otras vibraciones. The Clash quiso mostrar en ese momento que podía hacer lo que quisiera y, efectivamente, así ocurrió. Allí estos sucios punks pasan del *funk* al *soul*, del *reggae* al *jazz*, del *gospel* al *rockabilly*, *folk*, *dub*, *rhythm and blues*, *calipso*, disco y hasta rap. Los que llevan las cuentas de músicas y países dicen que fueron los primeros en componer y cantar un rap sin haber nacido en Estados Unidos. *Sandinista!* es en sí una revolución. Los punks en espera del pogo y el grito se encontraron un disco lleno de música incomprensible para el momento. El lenguaje visual y su denso contenido político lograron lo que Strummer y los suyos buscaban, generar en sus “partidistas” ya enganchados, y en los que vendrían, preguntas, movimientos, denuncias y ondas desconocidas. De las 36 canciones solo *Police on my back*, un bizarro *cover* de Eddy Grand, sonaba a The Clash. El álbum tomó años para ser digerido por esos tempranos seguidores.

El disco tiene ese nombre que suena a Latinoamérica y sus luchas de los setenta, pero paradójicamente sus grandes inspiraciones salieron del corazón del imperio, de las calles del Bronx en Nueva York, donde se grabó una parte y se cocinó casi todo. Para sus primeros tres discos un barrio de inmigrantes jamaquinos al sur de Londres, Brixton, le entregó a The Clash los ingredientes de sus consignas y su furia. Pero desde sus estridentes inicios se respiraba una influencia africana y caribe.

Con *Sandinista!* esas influencias crecieron y encontraron gran variedad. Ahora eran más negros y más gringos que nunca, ahora era el Bronx y no Brixton el que dictaba las formas y las normas. Mick Jones, el segundo a bordo de la banda, cuenta los arrebatos que desató esa aventura en Estados Unidos: “Fue Joe quien dijo, ‘ah, vamos a hacer una canción de rap’. Fue solo porque estábamos en Nueva York. Cuando hicimos *The Magnificent Seven*, en principio la íbamos a titular *Magnificent Rap*”. Nos sentíamos arrastrados por todo lo que sucedía. Tomamos lo que estaba pasando a nuestro alrededor”. *Magnificent seven* fue un éxito ese verano en las emisoras de esta ciudad. No es seguro que todos los fieles de la banda hayan copiado las referencias a Marx y Engels.

En Nueva York generaron estragos. Cancelaron conciertos por exceso de ímpetu en sus fiestas y ensayos y en medio de toda esa ebullición lograron internarse por tres semanas en el legendario estudio de Jimi Hendrix, Electric Lady, en Greenwich Village. Tuvieron que forzar a su disquera para que aceptase la extravagancia, solo la esperanza en las ventas que había dejado *London Calling* motivó a la CBS a proveer este legendario espacio donde grupos como Led Zeppelin, David Bowie, Rolling Stones, entre otros, habían creado sus grandes obras. Fueron lanzados como sencillos tres temas del álbum: *Hitsville UK*, *The Magnificent Seven* y *The Call Up*,

en los que Strummer les recuerda a los jóvenes su derecho a no escuchar el llamado obligatorio del ejército para ir a matar o a morir. Un llamado muy sonado pero premonitorio frente a la guerra de las Malvinas, pesadilla que vivirían jóvenes ingleses y argentinos en 1982.

Las sesiones de grabación eran largas pero no tortuosas. Se encerraron día y noche y grabaron el disco en tres semanas agitadas. Era necesario relajarse un poco en medio del frenesí creativo. “Los músicos llegaban día y noche a visitarnos al estudio, dormíamos bajo el piano, a todos los poníamos a trabajar”, dice Strummer refiriéndose a Norman Watt-Roy, bajista de los Blockheads que debió reemplazar a Paul Simonon que estaba por Canadá grabando una película, y a otros músicos que se sumaron en el camino. “Construí un oasis en el estudio”, cuenta Strummer, “lo llamábamos el *Spiff Bunker* (el búnker del barullo), era una habitación separada del cuarto de controles, lejos de la consola, eso garantizó paz y tranquilidad para el ingeniero de sonido con una fuente de inspiración cercana a nosotros”. De ese búnker salieron todas las ideas del disco, entre humo se fue tejiendo esa amalgama, así se grabó *Sandinista!*

Kingston fue otro de los escenarios de grabación. Allí estuvieron en una gira de conocimiento directo de sus raíces *reggae* de siempre. Un viaje en el que Mickey Dread fue lazarillo de un grupo de ingleses fascinados y algo perdidos. De allá los tuvo que sacar cuando aparecieron los fierros y otras amenazas: los chicos malos se veían inocentes en esas tierras soñadas. De la aventura quedó, entre otras, *Kingston advice*, un canto a los jóvenes que no tienen cómo protestar contra las carencias con nada distinto a un arma. Un guiño para nuestra realidad sicarial de finales de los ochenta. Como siempre quedaba clara la necesidad de oponerse: “En estos días, el ritmo es militante / Tiene que haber un enfrentamiento, no hay alternativa”. Esa cercanía con Jamaica y los ritmos afro hace posible llamar a *Sandinista!* como el álbum negro.

Nicaragua no aparece más que en título pero Strummer al menos sabía qué significaba y años después de *Sandinista!* daba una explicación para no convertir esa revolución en un simple nombre vendedor y huirle a la ingenuidad de quien mira la guerra desde la barrera del estudio de grabación: “Es una organización política de Nicaragua que, en 1979, consiguió echar del poder a Somoza, el presidente. *Washington Bullets* es un tópico que ahora mismo, con El Salvador y todo lo demás, está en las primeras páginas de los periódicos. Puede parecer que queramos dar un sermón inglés, diciéndoles a los americanos lo que tienen que hacer; metiéndose en asuntos ajenos, pero pensamos que era algo que debía decirse”. Es un sencillo canto antimperialista más que un sermón, allí están América Latina y sus revoluciones y dictaduras, y Fidel Castro, Allende, Víctor Jara. Y hasta los monjes tibetanos para que no quedara duda de que se miraba a todas partes: *world music, world revolution*.

No hay duda de que muchas veces la música envejece bien y las revoluciones mal. Así ha pasado con el cuarto trabajo de The Clash y la segunda tanda presidencial de Daniel Ortega que ya casi cumple quince años y se ha convertido en un dictador que podría darle la mano a Somoza. ©

WASHINGTON BULLETS

OH! MAMA, MAMA, LOOK THERE!
YOUR CHILDREN ARE PLAYING IN THAT STREET AGAIN.
DONT YOU KNOW WHAT HAPPENED DOWN THERE?
A YOUTH OF 14 GOT SHOT DOWN THERE...

THE KOKANE GUNS OF JAMDOWN TOWN
THE KILLING CLOWNS, THE BLOOD MONEY MEN,
ARE SHOOTING THOSE WASHINGTON BULLETS AGAIN.
AS EVERY CELL IN CHILE WILL TELL,
THE CRY OF THE TORTURED MEN.
REMEMBER ALLENDE, AND THE DAYS BEFORE,
BEFORE THE ARMY CAME.
PLEASE REMEMBER VICTOR JARA,
IN THE SANTIAGO STADIUM,
ES VERDAS - THOSE WASHINGTON BULLETS AGAIN.

THE BAY OF PIGS - IN 1961,
HAVANA FOR THE PLAYBOYS IN THE CUBAN SUN,
FOR CASTRO IS A COLOUR,
IS A REDDER THAN RED,
THOSE WASHINGTON BULLETS WANT CASTRO DEAD.

FOR CASTRO IS THE COLOUR...
..THAT WILL EARN YOU A SPRAY OF LEAD.

FOR THE VERY FIRST TIME EVER,
WHENTHEY HAD A REVOLUTION IN NICARAGUA.
THERE WAS NO INTERFERENCE FROM AMERICA,
HUMAN RIGHTS FROM AMERIKA!

WELL THE PEOPLE FOUGHT THE LEADER,
AND UP HE FLEW...
WITH NO WASHINGTON BULLET WHATELSE COULDHE DO?

IN IF YOU CAN FIND AN AFGAN REBEL
THAT THE MOSCOW BULLETS MISSED
ASK HIM WHAT HE THINKS OF VOTING COMMUNIST...

..ASK THE DALAI LAMA IN THE HILLS OF TIBET,
HOW MANY MONKS DID THE CHINESE GET?..

..IN A WAR-TORN SWAMP STOP ANY MERCENARY,
IN CHECK THE BRITISH BULLETS IN HIS ARMOURY...
..QUE?..

...SANDINISTA!



Material gráfico tomado del disco *Sandinista!*



Confesiones de un recolector

por MARIO CÁRDENAS • Ilustración de Samuel Castaño

“La coca es para América una gran fuente de riqueza y esperanza. Riqueza como producto apetecible y de amplia exportación. Consuelo para los enfermos gracias a su utilización como anestésico”.

José María Samper, *La Nación*, 1884

Consumo pasta de café a diario para recolectar hoja de coca. Es el combustible que tengo para trabajar. Es fácil prepararlo, se mezcla pasilla quemada con pedazos de polvo y se fuma en esta pipa. Todo mezclado, bien triturado y listo, pa dentro. Recolectamos hojas de coca para fumar cafeína. Meter cafeína. No siempre fui adicto a la cafeína. Cuando era niño no me gustaba, le hacía el quite, veía a las señoras mayores que se sentaban a beberlo y a fumarlo en las mañanas y durante las noches hasta quedarse dormidas en las sillas mientras las manchas de café les escurrían de la boca bajándoles por esas tetas arrugadas. Esas señoras untadas en la boca de ese olor quemado, tiznadas, oliendo a fogón de petróleo. Si lo veían a uno cerca, lo querían chupar y lo dejaban a uno todo untado de ese sabor caliente que no se quitaba ni con un trago de aguardiente. Siempre le saqué el quite a la cafeína, pero la cafeína me persiguió, me buscó, la cafeína lo busca a uno, se le aparece, lo domina a uno, y cuando lo domina a uno no hay de otra, a mí se me apareció por todo lado hasta que vea, aquí estoy metiendo de eso. A mi hermano lo mataron porque lo cogieron con media bolsa de cafeína. Pobre. Llevado, flaco y sin trabajo se dejó tentar por el vicio. No hay que dejar que lo domine a uno, como le digo, pero la tentación es muy brava. La plata fácil. ¿Cuál fácil? Nada es fácil. Hacer plata pa salir de pobres o comprarse una percha. Una oportunidad para hacer algo y ganarse una plata. Llevar una bolsa hasta Cali y volver. Lo cogieron, lo encerraron, lo liberaron y lo mataron a los catorce días de estar afuera. Pobrecito. Alma bendita. Mi papá metía cafeína a toda hora, se la fumaba, se la tomaba y hasta se la inyectaba. Ese man era bravo con eso. Decían que hasta se la comía del desespero. Andaba con pepitas de café en los bolsillos de las camisas y los pantalones, en las manos siempre tenía pepitas que masticaba. Se le ponían negros esos dientes de adelante, escupía a cada rato una flema oscura que botaba en cualquier lado, como cuando botó un pedazo de eso en la sopa que se estaba comiendo y de una cucharada se la volvió a tragar. Aspero. El hombre llegaba pasado de revoluciones, todo loco, agresivo, quería tocar a mis hermanas; a unas les pasaba la mano por las piernas, por los hombros, les metía la mano.

A otras, con una ira, les pegaba con el cable de la plancha. Desprendía el cable de plancha y les marcaba las piernas, surcos de sangre en las piernas de las mujeres. A mi mamá le pegaba. El hombre con la cafeína en la sangre, con ese aliento agrio que deja en la boca luego de escupirla. Salía con la camisa blanca y aparecía con la camisa untada de café, amarillos esos dientes, unos podridos, picados, comidos por la masticadera de las pepas. Yo veía todo, me daba cuenta de lo que le hacía a mi mamá, pero no hacía nada, era un niño, quería darle duro, hacer algo, hundirle un cortaplumas sevillano que me regaló la abuela, enfrentarlo, pero me daba miedo. No hice nada. Hasta que crecí, y mis hermanas crecieron y tomamos medidas, nadie sabe eso, pero eso no se lo puedo contar. Me cae la ley. Olvide eso que le dije.

Odiaba la cafeína, todavía lo odio pero vivo con ella. Nací con ella. Dicen que esa fue la herencia que me dejó la familia. Que mi papá de tanto meter de eso nos engendró con ese mal. A la final soy más café que carne, soy más cafeína que huesos. Mis venas danzan con la cafeína, se mueven con esa gasolina. Ahora es lo que tengo, cafeína para poder trabajar. Darme un susto de cafeína y tener el primer arranque para empezar con las revoluciones encima. Entonado y directo a los sembrados. No comer y meter cafeína. La cafeína me quita el hambre. Acá no comemos mucho, lo que ganamos en la finca es para meter. Cuando nos pagan ya lo debemos todo, por eso toca volver a empezar la semana. Vivimos en la deuda. En la finca nos dan una comida en la mañana, y otra en la tarde. A veces pienso, todo loco, que lo que como es cafeína, pedazos de cafeína con arroz o cafeína con un tazada de aguapanela hirviendo. Nunca he visto una mata de café, dicen que son grandes, que la hoja es así de grande como esta gorra, que de los palitos salen unas pepas rojas y verdes. Con unas hojas gruesas. Mi papá conseguía de esas hojas, pero molidas, las traían del Pacífico, de Tumaco, del sur. Se iba y volvía cargado. Ya negras, en harina, molidas, listas para inyectárselas. Eran caras esas hojas, limpias, puras con ese verdor concentrado. Una vez me dijo: “Nunca se le vaya a ocurrir meter de esta güevonada, esta planta es una puta maldición que lo domina a uno. El mal de este país es que tengamos esa puta planta acá. El origen de todas nuestras desgracias”. Y se quedó mirando a la montaña. “Mentiras, las desgracias siempre han estado desde el caucho en adelante, desde mucho más atrás, desde el oro”, dijo. Yo miraba la hoja con repudio mientras él me decía eso. No hacía falta que él me lo dijera. Yo la odiaba porque creía que era el fruto de todos nuestros males. No los males del país, los males de la casa. Otra vez, un día de bobo le pregunté: “¿Si es tan mala usted por qué la mete?”. Me dio una palmada en la cara. Me miró feo con una sonrisa larga que le estiraba la cara, ahí le pude ver los dientes que le faltaban, las encías quemadas, las manchas que tenía como grietas en la boca.

cosecha en esta finca cocalera. En unas camas los cuerpos parecen que están muriéndose en un hospital. Hacinados como en la cárcel. Cuerpos tirados con ganas de meter. No entra la luz. Se concentra el olor, nadie se bañó hoy. “Se nos acabó el vicio”, dicen. No es el único que mete cafeína, otros meten cafeína, todos meten cafeína en estas fincas. En la radio suenan canciones. Eso se lo imaginan. No está sonando, no tiene pilas, hace días que se le acabaron las pilas al radio, a todos se les olvidó dejar unas monedas para las pilas porque nadie tenía un peso, las únicas monedas que juntaron las gastaron en una bolsita de cafeína que se acabó otra vez. Imaginan canciones. Les duelen los huesos, las fibras, les crujen los labios resecos. No duermen, uno de los cuerpos se revuelca en el pedazo de cama dura, se le clavan las astillas de paja en la espalda, se mueve de un lado para otro, se tapa con el pedazo de sábana. Nadie duerme. Quieren salir a pedirle al señor de la finca que les dé un pedazo de cafeína. Pero ninguno tiene crédito. Se levanta, se tira al suelo, y empieza a buscar pedazos de cafeína, granitos, sobras que se caen. Nadie deja caer nada. No es el único que busca, otros cuerpos también están en el suelo, en cuatro patas, con unas cucharas dobladas raspando el cemento seco. Hacen un montoncito y lo ponen en una mano, so-plan, algo debe haber. No hay mucho, no hay nada. Raspan las pipas y juntan con algo del suelo, de los bolsillos. Escarban en las uñas gruesas, largas y negras, se sacan el mugre. Tiene pedazos de cafeína. Juntan un montoncito que da para dos pipazos cortos. Son siete. Dos prendidas, dos plones, cada uno se reparte el plon en la boca del otro para hacerlo rendir y quedan en las mismas. No hay más.

La semana que viene se acaba la cosecha. Nos toca aguantar hasta octubre que vuelve y arranca esto. ¿Mientras tanto? Nada, tirar pa la ciudad. A recoger cartón, botellas de plástico y meternos en unas ollas de vicio. Allí la cafeína es de otra, más barata. No hay comida, pero hay los plones. A veces nos quieren sacar y nosotros volvemos, nos suben a unos camiones y nos tiran en la carretera por la vía al Valle. Nosotros nos devolvemos caminando con el sol a las espaldas. Toca en grupo, porque si lo ven a uno solo lo matan. Se lo arrastran. Así hasta que uno vuelve y lo reciben en estos matorrales. Hay que dejar que a las matas les salgan las hojas. Eso sale rápido, de una. Tan bonitas que son estas matas. Y volver por acá, a la finca. He rodado por muchas fincas del eje cocalero. Dizque eje cocalero. Ahora le dicen el triángulo de la coca, por el turismo. Viene mucho gringo ahora, con plata, a probar cómo es la cosa con la coca. Les hacen tures por las fincas, les muestran el sembrado, cómo funciona la cocina. Vienen, compran y llevan. Llevan de todos los productos que se hacen con la hoja. Hasta sombreros he visto. Dulces, para hacer jugo, arequipe de coca. Cerveza con coca, ron, tortas. Muchas de esas fincas se volvieron hoteles para el turista, les metieron piscina y juegos. Ya no se cultiva nada. Las que eran grandes les parcelaron. Es duro el trabajo ahora. Antes sí había camello, mucho despegue en temporada, se venía la gente del Cauca a trabajar para acá. Ahora ellos siembran más allá, matas de coca y de cafeína por todos lados. Me dan ganas de irme por allá a ver qué tal. A la final debería estar cogiendo cafeína, irme a un despegue de esos y hacer una plata. Pero eso por allá es muy caliente. La mata de café, meterse entre cafeales aguanta pero uno viendo todo eso ahí sembrado le dan ganas de huelerse todo eso. ¿No quedará uno todo loco? A mí es que me da miedo. No aguanta. ☹



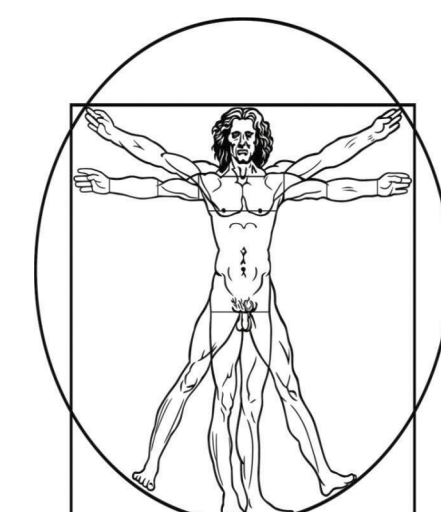
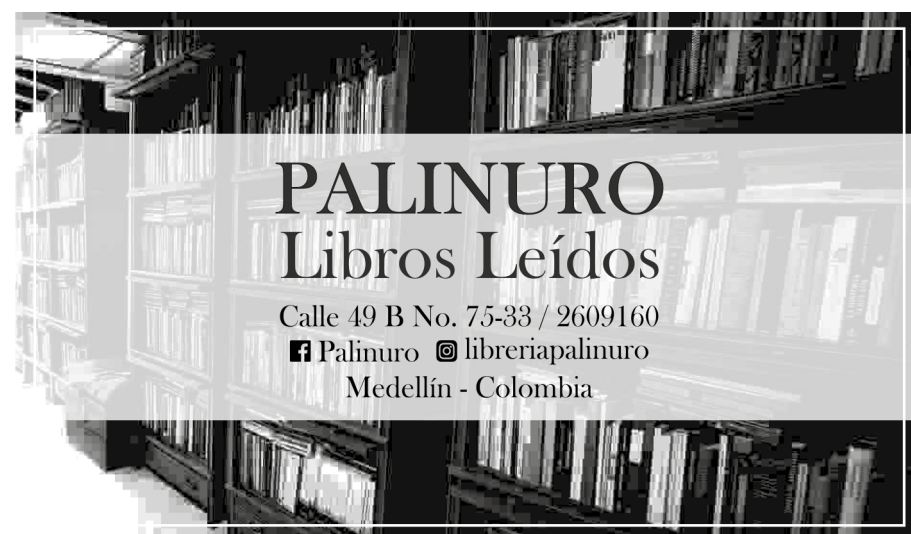
Urbania.
Café consciente.

Calle 14 Viva Envigado Calle 8

Calle 14 #30-100
El Poblado.

Cra. 48 #32B Sur-139,
Envigado, Antioquia.

Calle 8 #43B-132
El Poblado.

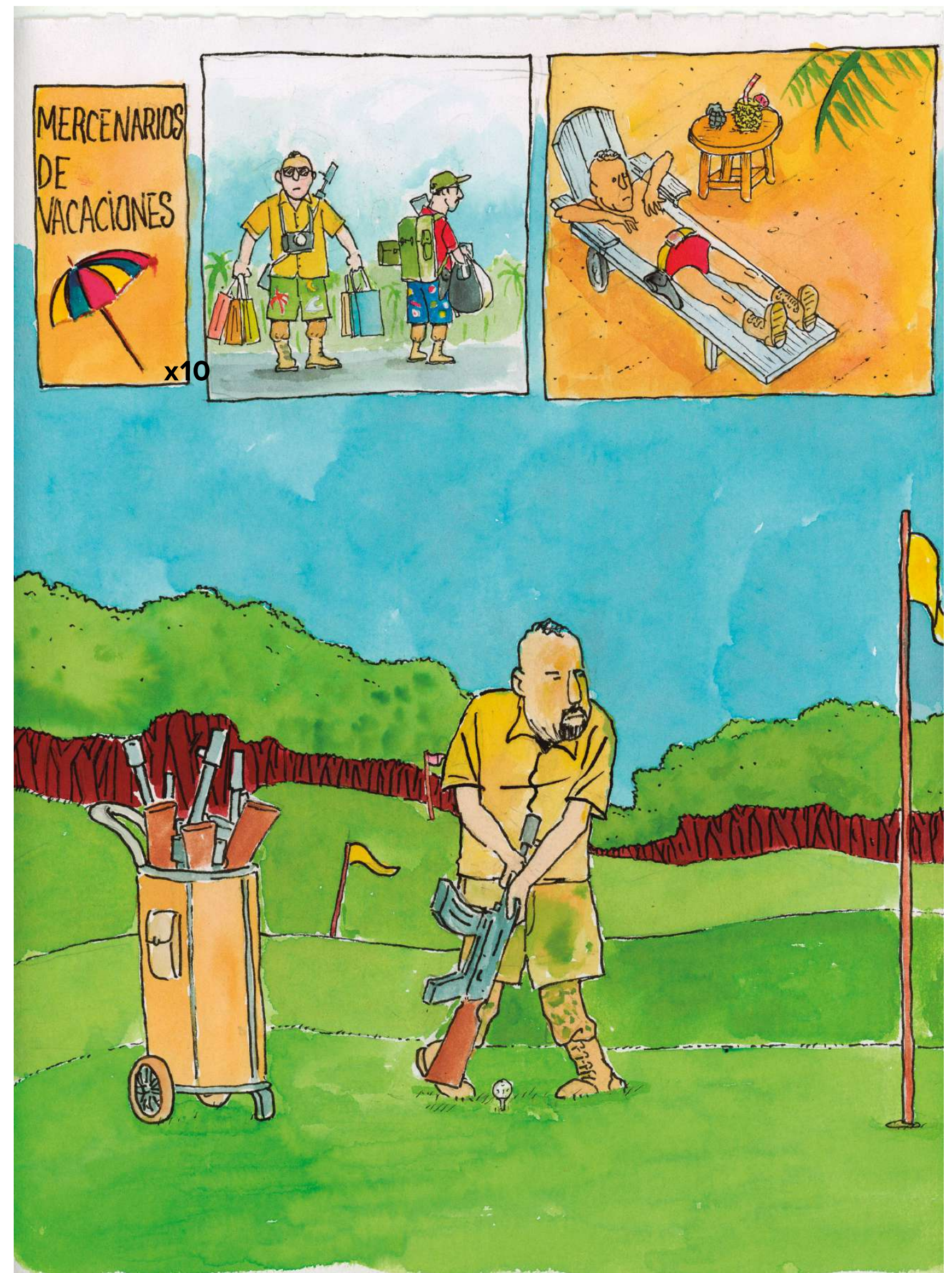


VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor
agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com



Hemos aplicado más de
600 mil dosis
contra COVID-19
¡Tu vacuna está esperándote!

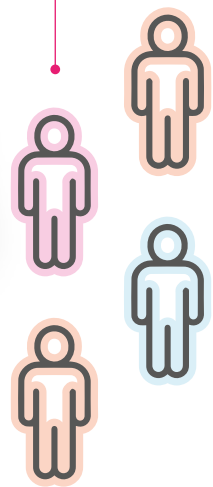


Liliana Castrillón,
enfermera en Comfama.



La mejor vacuna es la que te apliquen: todas te protegen de enfermarte de gravedad y fallecer.

Cuidemos, juntos, tu vida, la de tus familiares, amigos y compañeros de trabajo.



Si ya puedes hacerlo,
¡ve y vacúnate en el punto más cercano!

Consulta los **Puntos de Vacunación** Comfama habilitados en www.comfama.com